

*El
amor
te busca
Annabeth Berkley*



El amor te busca

(Hermanas McVee 1)

El amor te busca

ANNABETH BERKLEY

© 2020, Annabeth Berkley

ISBN: 9798721025204

Correcciones: Yólanda Pallás

Diseño de cubierta: Roma García

Impresión independiente

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Para todas las mujeres risueñas...

Vayas a donde vayas, no importa el tiempo, lleva siempre tu propia luz.
Anthony J. D'Angelo .

El amor te busca

Sharon McVee sonreía maravillada ante la impresionante cascada que tenía frente a ella. El sendero que había seguido hasta llegar allí le había resultado demasiado rocoso, pero el espectacular paisaje que tenía frente a ella había merecido la pena. Los reflejos de la luz de primera hora de la mañana en el agua, la incomparable belleza de la naturaleza salvaje combinando los colores fríos, la textura de las rocas en la imagen que deseaba capturar, le invitaban a tomar la fotografía perfecta. Exploró diferentes ángulos antes de empezar a capturar las imágenes que quería inmortalizar con su inseparable Olympus.

Escuchó la llamada de su teléfono móvil. Le sorprendió tener cobertura en un sitio tan espectacular como aquel, en el corazón de Pensilvania. Pero ese era un momento único, que quería plasmar con todo su esplendor, así que no le fue difícil ignorar la llamada.

Cuando estuvo satisfecha con las fotos realizadas, sacó el móvil de su mochila. Su padre. Le extrañó, aunque instintivamente supo de qué iba a tratar la conversación. Estaba próximo a jubilarse. De hecho, la fiesta que iba a celebrar en su empresa para avisar de ello a los empleados ya tenía fecha prevista desde hacía por lo menos dos meses.

Tenía los sentimientos encontrados. Intuía lo que iba a pedirle. Presentía lo que tendría que renunciar a cambio. Pero también tenía claro que le iría bien, y que sería capaz de encontrar momentos de evasión en su futura nueva vida.

Con una sonrisa y la aceptación de que la vida libre y nómada que había llevado el último año se había acabado, devolvió la llamada.

—Papá, ¿Cómo estás?

—Esperándote, Sharon —parecía que sonreía—. ¿Cuándo vuelves?

Sharon miró la hora en su reloj de pulsera deportivo. Su padre lo quería todo para ayer y se ponía de mal humor con mucha facilidad si no lo conseguía. Pero ella lo adoraba y no iba a llevarle la contraria. Sabía, desde que tenía uso de razón, que su hermana y ella heredarían la agencia de publicidad que su padre había creado y gestionado de manera impecable y, el momento había llegado.

—En el siguiente vuelo, papá. Mañana estaré en la oficina.

—Eso espero. Y te esperamos a cenar en casa. Ya he avisado a Tess.

—Perfecto. Nos vemos —colgó con una sonrisa sincera.

Recorrió con su mirada el entorno tan espectacular que la rodeaba despidiéndose con cariño y agradecimiento de tan bonito paisaje. Sacó una última foto, la que la despedía, de momento, su aventura en *Bushkill Falls*.

Volvió hacia el *jeep* que había alquilado y que la llevaría hasta el hotel. Tenía que reservar el vuelo, preparar la maleta y recogerlo todo antes de volver a casa.

Había pasado el último año viajando por diferentes lugares de Estados Unidos. Sin rumbo, sin apenas planificación, disfrutando, fotografiando la luz... Había enviado a la editorial que la había contratado fotos suficientes para publicar tres libros, y había aprovechado otras tantas para subirlas a bancos de imágenes que le generaban más ingresos pasivos de los que había esperado.

Aunque su cuenta bancaria siempre estaba llena gracias a su padre, ella había empezado a ganar dinero desde muy joven. Había trabajado en diferentes puestos para diferentes empresas

según le había apetecido. Le gustaba aprender, probar cosas nuevas y superarse a sí misma.

La carrera de Dirección de Empresas la había agobiado, incluso ahogado, más de lo que esperaba, pero la cursó, porque sentía el compromiso que ambas hermanas habían adquirido con sus padres, para posteriormente poder dirigir la agencia.

Tess, su hermana un año menor, había empezado a trabajar inmediatamente en ella nada más acabar la carrera. Le encantaba la contabilidad y pasar horas frente al ordenador. Ella, en cambio, había probado a trabajar en diferentes lugares y se sentía muy satisfecha por ello. Había aprendido muchas cosas, unas le gustaban, otras no tanto, pero había descubierto lo fácil que resultaba para ella adaptarse a lo nuevo y la facilidad que tenía para tratar con las personas.

A veces, dudaba de si trabajar en una única empresa, sin apenas salir de la oficina, la haría sentirse abrumada o encerrada, pero por otra parte sabía que la actividad que se realizaba, como agencia de publicidad que era, sería dinámica, activa, rápida, y eso y los retos que desentrañaba dirigir su propia empresa le gustaban demasiado.

Estaba convencida de que el cambio de vida le sentaría bien y con esa confianza apagó la cámara de fotos que intuía que tendría que dejar en un segundo plano a partir de ese momento.



A la mañana siguiente se despertó con ilusión. En su mente, ya había aparcado las chirucas y sus ropas de exploradora, y las había sustituido por los zapatos de tacón alto y por sus elegantes trajes de chaqueta. Se sentía igual de cómoda con una cosa que con otra. Le encantaban los cambios, los retos, y esa actitud se reflejaba en su sonrisa.

Se vistió con la ropa que había dejado preparada la noche anterior y entró decidida y radiante en el edificio de oficinas.

Miró su reloj de pulsera dorado. Tenía muchas ganas de ver a su padre, pero decidió pasarse antes por el departamento de contabilidad para ver a su hermana.

Saludó con una sonrisa a todos con los empleados con los que se cruzaba. Algunos sabían que ella era una de las hijas del jefe. Y pese a que eso, a veces, causaba animadversión entre los trabajadores, a ella no le importaba. Era una realidad y no se sentía mal, ni un fraude, ni una impostora, por asumir el cargo que le correspondía.

Como esperaba, detrás de su ordenador, y con el escritorio impecable, estaba su bonita hermana.

—¡Tess!!

Tess se sobresaltó y miró hacia la puerta.

—¡Sharon! ¿Cuándo has llegado? —se quitó las gafas y se levantó para abrazarla—. Papá me dijo que te había llamado, pero no te esperaba hasta la hora de comer.

—Ya conoces a papá —se sentó frente a su mesa mientras sacaba una cajita envuelta en papel de regalo de su pequeño y elegante bolso.

Tess miró a Sharon con cierta envidia. Sus ojos azules siempre estaban alegres, su cabello rubio siempre tenía las ondas perfectas y su cara redonda inspiraba simpatía y amabilidad.

Además de preciosa y radiante tenía las curvas perfectas. Y, por si fuera poco, era encantadora y cariñosa.

Ella siempre se había sentido el patito feo. Se consideraba del montón. Pelo castaño, ojos castaños, cuerpo estilizado sin curvas... y aburrida a más no poder, pero se encontraba tan cómoda que no le importaba demasiado que su hermana fuera la guapa... aunque no era necesario recordárselo con su presencia y esa sonrisa permanente, pensó con una mueca.

—Me acordé de ti en cuanto los vi —comentó Sharon cuando su hermana sacó de la cajita los bonitos pendientes de jaspe rojo engarzados en oro.

Sharon miró a su hermana sonriente. Esperaba que le gustaran tanto como a ella. Le quedarían de fábula con su cabello castaño con reflejos rojizos y con sus ojos castaños de largas pestañas. Siempre había admirado su rostro alargado y fino y su cuerpo estilizado al que toda la ropa le sentaba bien.

Ella, con sus curvas, no podía ponerse cualquier cosa. Había ropa que le hacía parecer gorda sin estarlo realmente, y su rostro redondo también contribuía a ello. Además, su hermana era el reflejo de la estabilidad, y el perfeccionismo, algo que ella admiraba al sentir que carecía de esas actitudes.

—Gracias, son preciosos —le sonrió quitándose los pendientes dorados que llevaba desde que recordaba, para sustituirlos por los nuevos—. ¿Has pasado ya por la oficina del jefe?

—No. ¿Vamos juntas?

—Acabo este informe que tengo que llevarle y voy —le comentó mientras la veía levantarse.

Sharon asintió ante su eficiente hermana, siempre tan responsable y meticulosa.

Atravesó toda la planta pintada de blanco, con amplios ventanales y compartimentos ordenados hasta llegar al despacho de su padre. Los empleados trabajaban o hablaban entre ellos. El ambiente parecía agradable y cordial.

—¡Papá! —exclamó nada más entrar después de llamar a la puerta dejándola entreabierta para cuando llegara Tess.

A su padre se le iluminó visiblemente la cara al verla entrar y fue hacia ella para abrazarla con fuerza.

Sharon le devolvió el abrazo con cariño. Seguía siendo el hombre en el que podía refugiarse con sus dudas y miedos y que siempre la esperaba con los brazos abiertos. Su padre siempre la había apoyado en sus cambios de trabajo, en sus viajes, en sus proyectos, sin reproches ni recriminaciones cuando las cosas le habían ido mal.

Duncan McVee, con sus ojos claros y cabello canoso, parecía más joven de lo que realmente era. Había levantado la empresa desde cero y la había mantenido a través de todos los cambios que se estaban produciendo cada vez con más rapidez en el mundo de la publicidad. Se mantenía fiel al eslogan con el que regía la empresa: Integridad, Innovación e Inteligencia. Y había sabido siempre rodearse de los mejores para poder llegar tan lejos como había llegado y mantenerse. La agencia McVee figuraba en el primer puesto del ranking de su sector, seguido de cerca por la Harper&Reaves, de reciente aparición, pero que había entrado con mucha fuerza.

—Ya tenía ganas de verte —le confió sentándose con ella en el sillón blanco que había cerca de la puerta.

—Llegué de madrugada —le sonrió a su lado—. Ya te dije que hoy me tendrías aquí.

—¿Ha ido todo bien?

—Sí, papá —le aseguró ella—. Mejor que bien. ¿Y por aquí? ¿Qué tal todo?

—Esperando al nuevo capitán del barco —le sonrió palmeándole la rodilla con afecto.

Sharon asintió. —La nueva capitana...

—Sí, que si me oye tu hermana me echará la bronca... capitana...

Sharon miró la amplia y despejada oficina de su padre.

—¿Esta será nuestra oficina?

—La tuya.

—¿Y la de Tess?

—Verás hija... he estado pensando que... aunque a nivel legal figuréis las dos como herederas, solo tú estarás al frente del barco.

Sharon lo miró extrañada.

—¿Solo yo? ¿Y Tess?

Tess se paró al oír su nombre antes de abrir más la puerta.

—Tess no tiene el don de gentes que tienes tú. Ni tu creatividad ni tu entusiasmo. Sería incapaz de dirigir un equipo y mucho menos una empresa.

Las piernas de Tess temblaron por un momento antes de que la rabia recorriera todo su cuerpo. ¿Eso pensaba su padre? Llevaba toda su vida trabajando en la agencia. Su agencia. Dándolo todo. Ganándose el puesto. En los buenos y en los malos momentos. Día y noche ¿Sharon no había hecho más que llegar e iba a quedárselo todo? No era justo. ¡No era justo! Furiosa, rabiosa, decidió no terminar de entrar para evitar dar el espectáculo que tenía ganas de dar. Retrocedió sobre sus pasos, volvió a su oficina, cogió el bolso y salió del edificio, sin tener muy claro hacia donde ir.

—Pero... ¿Lo has hablado con ella? ¿Está de acuerdo?

—No se lo he dicho todavía. Esperaba hablar con ella en casa, en la cena.

Sharon negó con la cabeza.

—No creo que le guste la idea.

—A efectos legales la empresa será igualmente de las dos. Ella es muy buena haciendo lo que hace. Cambiarla a esta oficina, dirigir contigo al personal, organizar las reuniones, hablar con los clientes... no lo haría igual de bien. Y no es necesario. Tenemos casi treinta empleados que dependen de nosotros, además de los clientes. No vamos a jugarlos la empresa por una tontería. A Tess se le dan bien los números, que siga en contabilidad. A ti se te da bien la gente, les gustas, lleva el timón.

—Te entiendo, papá, pero Tess no sé cómo se lo tomará —comentó Sharon conociendo el fuerte temperamento de su hermana.

—Que se lo tome como quiera. Hay que hacer las cosas bien y punto. Hay que pensar en el bien común.

—Pues no me gustaría estar en tu pellejo cuando se lo digas.

—Tu hermana tiene un pronto muy feo, pero entrará en razón.

—Sí, pero hasta que lo haga... —murmuró Sharon—. Por cierto, me ha dicho que iba a venir ahora, pero está tardando demasiado...

—Bueno, ya vendrá —comentó Duncan—. Ven conmigo que voy a presentarte al personal de manera oficial.

—Pero no les vas a decir que te jubilas, ¿no?

—No, esperaremos a la fiesta de la empresa... y a decírselo a Tess.

Sharon asintió preocupada por su hermana. Si los beneficios estaban repartidos equitativamente para las dos a ella no le importaba ser la cara visible, pero dudaba de que Tess fuera a sentir lo mismo. No le gustaría estar en el lugar de su padre. Su hermana tenía un genio muy fuerte, casi tanto como él. Eran los dos demasiados parecidos y, la última vez que se habían

enfadado, habían estado sin hablarse cerca de un mes.

Se levantó y siguió a su padre para recorrer la empresa de su mano y coger su testigo en silencio.



Era media tarde, cuando Sharon pudo escaparse de sus responsabilidades. Había recorrido la empresa con su padre, había asistido a un par de reuniones con futuros posibles clientes y había empezado a familiarizarse con las cuentas de los que ya llevaban tiempo contando con sus servicios.

Había sido entretenido, reconoció, pero estaba ligeramente preocupada por su hermana. No la había visto desde que la había ido a buscar a primera hora a la oficina ni le había cogido el teléfono ni devuelto las llamadas que le había hecho. Supuso que la vería por la noche en la cena, en casa de sus padres.

Recorrió la distancia que había entre el edificio donde estaba la agencia hasta la cafetería restaurante del complejo empresarial.

Le gustaba la nueva ubicación de la empresa, entre parques, parterres, fuentes, y grandes espacios abiertos. La luz se reflejaba en los árboles combinando con armonía los colores y jugando con el agua que manaba de las fuentes... Sacudió la cabeza ligeramente. Debía aparcar la fotografía y lo que contaba a través de ella, por lo menos hasta el fin de semana.

Debía acostumbrarse y enfocarse en el nuevo reto que suponía prepararse para dirigir la agencia. Le parecía desafiante y estaba convencida de que no se aburriría mientras desempeñaba su papel. Pensó en que debería leerse algún libro actualizado sobre liderazgo o dirección de empresas.

Risueña, miró a su alrededor. Su padre había tenido muy buen ojo para trasladarse allí. Había muchísima gente joven y empresas emergentes. Esperaba tener la visión y la habilidad que él para mantener la empresa y seguir haciéndola próspera.

Brett Harper sonrió al ver a la bonita rubia que entraba distraída y se paraba delante de la barra decidiendo qué pedir. No recordaba haberla visto antes. Sin duda no la hubiera olvidado. Era preciosa y su vestido de corte recto insinuaba unas curvas perfectas, y mostraba discretamente sus esbeltas piernas. Mi futura esposa, pensó. ¿Mi futura esposa? Se sorprendió por su pensamiento, pero prefirió no darle vueltas. ¿Cuántas veces había sentido algo similar? ¿Nunca? Por eso era mejor no pensarlo, soltó sorprendido el aire que había retenido.

Sharon dejó pasar delante de ella a un par de personas. La amplia y luminosa cafetería ofrecía una carta bastante variada tanto en bebidas como en comidas y combinados. Eso era de agradecer, pensó, teniendo en cuenta que a partir de ese momento iba a trabajar todo el día en la oficina y haría uso de ella con frecuencia.

No estaba segura de qué pedir, si una infusión, un smoothie, o simplemente un café. No tenía mucha hambre y seguro que su madre les había preparado una cena abundante, pero quería

distraerse un poco.

Miró a su alrededor. Había bastantes personas repartida en las mesas más grandes, creando grupos. Parecían reuniones informales y amistosas. Su mirada se detuvo al encontrarse con la de un hombre muy atractivo sentado solo. Él, a su vez, también la miraba con una media sonrisa.

Sharon dejó de mirarle y volvió a mirar hacia el mostrador. El surtido que ofrecía era tan variado que le costaba decidirse.

Su mirada buscó la del hombre atractivo que la seguía mirando. Ella volvió a desviarla. ¿Cuánto hacía que no la miraban así? ¿O que ella miraba como lo estaba haciendo?

De repente, un hombre joven que tenía al lado se llevó la mano al pecho, perdió el color de su rostro y con una exclamación, cayó al suelo organizando un revuelo entre los asistentes más cercanos.

Sharon se agachó junto a él para intentar socorrerlo. No sabía qué hacer. Antes de que pudiera aflojarle el nudo de la corbata, el hombre con el que había cruzado la mirada había llegado, se había arrodillado frente a ella y había puesto de lado al joven. Le aflojó la corbata con destreza mientras ordenaba a todos que se retiraran y le dejaran aire para respirar. Observaron que ya había personas pidiendo ayuda médica.

Miró a Sharon a los ojos mientras comprobaba que el joven tenía pulso. De cerca era aún más bonita y parecía que estuviera nerviosa.

—¿Todo bien? —le preguntó preocupado.

Sharon asintió cuando sus miradas se cruzaron. Desde luego que ella estaba mejor que el joven que estaba entre ellos con pérdida de conocimiento.

El desconocido murmuró algo antes de ponerlo de nuevo boca arriba y empezar con la reanimación cardiopulmonar.

A Sharon le pareció que pasaron horas hasta que llegó la ambulancia, cuando realmente habían sido solo unos minutos. Todavía le estaba haciendo el boca a boca cuando un par de personas con una camilla se lo llevaron.

Sharon estaba bastante impresionada. Los curiosos se dispersaron y los camareros volvieron tras la barra dispuestos a seguir trabajando.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Brett situándose frente a ella y cogiéndola con suavidad por las muñecas.

Sharon forzó una sonrisa. El desconocido además de guapo y atractivo, era bastante alto. Vestía un traje sin corbata, un estilo informal que le sentaba muy bien. Tenía el cabello oscuro, igual que sus ojos. Su sonrisa era amable e inspiraba confianza.

—Sí... supongo... no sé... me ha impresionado bastante —le confesó con una sonrisa nerviosa.

—Déjame que te invite a algo —le pidió atento.

—No es necesario, gracias —le respondió ella sintiéndose cómoda y reconfortada a su lado.

Sentía que era incapaz de digerir nada. El poco apetito que recordaba tener, le había desaparecido por completo.

—Pero no quiero que tengas un mal recuerdo de tu primer día aquí —le sonrió atractivo.

—¿Cómo sabes que es mi primer día? —le preguntó Sharon sonriendo más tranquila—¿Tanto se me nota?

—Para nada —reconoció Brett—. Pero si te hubiera visto por aquí antes, te recordaría. Incluso te habría pedido ya tu número de teléfono. Dime ¿qué te apetece?

Sharon sonrió ante su respuesta. No tenía pinta de mujeriego, pese a sus palabras. Parecía

sincero. Tarde o temprano acabaría conociéndolo si frecuentaban la misma cafetería en el complejo, así que decidió aceptar su invitación. No recordaba cuándo había sido la última vez que un hombre le había llamado la atención tanto como para tomar algo con él.

—Un *capuccino* —se decidió—. Soy Sharon McVee —le tendió la mano.

—¿McVee? ¿De la agencia McVee? —preguntó intentando ocultar su frustración.

—Sí, Duncan McVee es mi padre —le explicó—. ¿Lo conoces?

—¿Y quién no? —le preguntó maldiciendo su suerte.

La agencia McVee era su principal competencia. Respetaban su espacio y aspiraban a ocupar su puesto en el ranking a fuerza de trabajo duro, creatividad y esfuerzo. Resopló interiormente. Su cabeza le decía que se alejara, pero su cuerpo parecía tener la intención contraria.

—Brett... —omitió intencionadamente su apellido—. Un *capuccino* y un café solo —le pidió al camarero.

No pensaba decirle todavía quién era. Pensaba conocerla primero. No creía en el amor a primera vista, pero pensaba aprovechar la oportunidad que se le había presentado. Era demasiado bonita para dejarla escapar por un apellido, y él no solía sentirse atraído por una mujer con mucha frecuencia, por muy guapa que fuera.

—¿Y qué te trae por aquí ahora? ¿Vas a trabajar con tu padre?

Quizá los rumores que había oído sobre la jubilación del gran Duncan McVee eran ciertos.

—Sí —le respondió mientras les servían las bebidas sobre una bandeja y Brett la cogía para llevarla a la mesa a la que él estaba sentado—. He estado mucho tiempo fuera. Ni siquiera había visto la nueva ubicación de la empresa.

—¿Y qué te parece?

—Me encanta. Parece que hay mucha vida... lo siento —comentó recordando el infarto del que habían sido testigos.

—Sé a qué te refieres —le sonrió comprensivo Brett—. Aquí el noventa por ciento son empresas de nueva creación, la mayoría basadas en últimas tecnologías. El ambiente es motivador, entusiasta... ¿Dónde has estado? Dijiste que habías estado fuera.

—Haciendo fotos —le explicó antes de comenzar una agradable conversación sobre paisajes y destinos turísticos.



Brett sonreía distraído, sentado informalmente en su sillón. Repasaba mentalmente la conversación que había tenido con la bonita rubia de la cafetería. Recordaba su sonrisa, cómo le brillaban los ojos al hablar de la naturaleza, de los parques nacionales que había visitado, de las excursiones que había hecho...

—Rápido, Brett, a mi despacho —le ordenó su socio, Connor Reaves, entrando en su despacho y sacándolo de sus ensoñaciones—. Reunión de creativos.

Brett miró la hora extrañado. Su socio había salido después de comer de la empresa y no era

normal en él volver a mitad de tarde, como tampoco era habitual proponer una reunión inmediata con el equipo. Solía compartirle las ideas que hubiera tenido durante el día a la mañana siguiente, después de haber estado durante la noche dándoles vueltas.

—¿Ha ocurrido algo? —le siguió por el pasillo.

Llevaba el mismo traje con el que había ido a trabajar por la mañana. Ni se había aflojado el nudo de la corbata de vivos colores que siempre llevaba.

—La cuenta de *Shakeem&Globe*. Mañana a las once tienen reunión con McVee, pero vamos a adelantarnos nosotros —le explicó—. Van a presentarle un comercial emotivo... Es bueno, joder, vamos a dárselo nosotros.

—¿Cómo que nosotros? ¿Cómo lo sabes? —entraron en su despacho, informal y ligeramente desordenado.

—Luego entro en detalles. Quiero, ahora mismo, —entraron los cuatro miembros del equipo creativo— un spot para *Shakeem&Globe*. Familia, niños, naturaleza... Nadie se va de aquí hoy hasta que no tengamos algo bueno que ofrecerles, mañana a primera hora.

Sharon entró sonriente a casa de sus padres. Había cambiado su traje por unos cómodos vaqueros y una camisa azul. Su madre estaba como la recordaba, tan bonita, tan estilizada, disfrutando entre fogones. Tess se parecía muchísimo a ella, aunque había sacado el carácter de su padre. Ella físicamente tenía más rasgos de su padre, pero la actitud y el carácter los había heredado de su progenitora.

—¡Mamá! ¡Qué ganas tenía de verte! —le sonrió abrazándola.

Agnes Mcvee la abrazó sin reservas.

—¡Cariño! ¡Cómo te he echado de menos! ¿Cómo estás? ¡Cuéntame!

—Todo bien, mamá, ¿Sabes algo de Tess? No la he visto desde esta mañana —le preguntó.

Agnes apretó los labios con fuerza. Y Sharon supo que su hermana había vuelto a enfadarse por alguna razón.

—¿Qué pasa esta vez? Esta mañana he hablado con ella y todo parecía ir bien —le preguntó mientras su padre entraba en la cocina vestido con ropa informal.

Se sentó a la mesa invitando a Sharon a sentarse junto a él.

—Esa chica tiene un genio del demonio—comentó pesaroso mientras le cogía la mano a Sharon que se había sentado a su lado.

—El mismo que tú —le recordó Agnes con una sonrisa reprobatoria mientras terminaba de poner los platos en la mesa—. Tenías que habérselo dicho antes y no se hubiera enterado de esta manera.

—Se hubiera enfadado igual —se justificó.

—Seguro que sí, pero no la habría tomado con Sharon.

—¿Y ahora yo que he hecho? —preguntó Sharon sin comprender.

—Tu hermana os escuchó hablar a tu padre y a ti en el despacho diciendo que no valía para dirigir la agencia.

—Es que no vale —insistió Duncan—. Dale una calculadora y te hace magia, pero don de gentes, no tiene... Sí, ya lo sé, igual que yo... pero me he sabido rodear de quien sí tiene —sonrió apesadumbrado mirando a Sharon—. Cuando aparezca ya le pediré perdón a esa cabezota.

Sharon suspiró entre triste y aburrida. Otra vez estaba en medio de un enfado de su hermana.

Recordaba que era algo habitual desde que tenía uso de razón. Siempre había pensado que conforme crecieran las dos, las cosas cambiarían, pero no. Parecía que seguían importunándose la una a la otra, aun sin pretenderlo.

—Pues no coge el móvil... Ya iré a verla a su piso —comentó pesarosa.

—No te abrirá la puerta —le advirtió su madre empezando a servir la fuente de ensalada—. Dadle tiempo para que recapacite.

Sharon asintió, pensativa. No sabía si se sentía más triste por la decepción de su hermana o más molesta por los arrebatos infantiles que todavía tenía.

—Bueno, Sharon, ¿qué tal tu último viaje? ¿Conociste a alguien interesante? —le preguntó su madre con una radiante sonrisa, mientras se sentaba para cenar.

Sharon sonrió negando con la cabeza. Ahora empezaba el tema de encontrar pareja. No era un tema que le gustara porque casi nunca tenía nada que contar al respecto. No era en absoluto enamoradiza, así que sus escasas relaciones podían contarse con los dedos de una mano, pero su madre seguía teniendo la esperanza de casarla algún día.

—A nadie, mamá —le respondió sincera pensando por sorpresa en Brett—. Por cierto, papá, he estado en la cafetería del complejo. Está muy bien. Va mucha gente joven ¿Sueles ir?

—¿Yo? ¿A qué voy a ir? —le preguntó—. Sí que debe estar bien... eso me han dicho. Hoy he oído que a alguien de Henry Thomas Illustrator le había dado un infarto.

Sharon asintió.

—Yo estaba allí. Era un chico joven. Ha sido bastante impactante, la verdad.

La cena transcurrió con armonía y tranquilidad.

Sharon volvió a su casa sintiendo que había acertado en la decisión de asumir el mando de la agencia. Debía de ser el momento oportuno porque las veces anteriores que se lo había planteado, había empezado a sentir que se ahogaba y acababa saliendo de viaje durante largas temporadas, algo que su afición a la fotografía había agradecido.

Sin embargo, esta vez parecía no sentir esa necesidad. Quizá había llegado el momento de sentar cabeza y estabilizarse laboralmente. Por su edad, suponía que ya era hora.

Sentía que Tess se hubiera enfadado. Juntas harían un equipo perfecto. Ella nunca podría llevar la contabilidad como la llevaba Tess. Entendía de números, de contabilidad, de economía, pero le aburría enormemente estar frente a un ordenador o pasar tiempo metiendo datos. Y esa parte, era imprescindible para que cualquier negocio fuera bien. Tenían un buen departamento de contabilidad, pero con Tess al frente del mismo, el éxito sería seguro.

Esperaba que el enfado se le pasara pronto.



A la mañana siguiente, lo primero que hizo fue pasar por la oficina de Tess, pero la encontró vacía. No había ido a trabajar. Por lo menos, había llamado a Recursos Humanos para decir que no se encontraba bien. No solía desaparecer mucho tiempo. Hasta ese momento lo había hecho con

respecto a las reuniones familiares, pero nunca había dejado de acudir al trabajo.

Miró su reloj, aún faltaban tres horas para la primera reunión con los posibles nuevos clientes. Los creativos llevaban trabajando en su propuesta durante una semana y la tarde anterior la habían preparado teniendo en cuenta hasta el más mínimo detalle. Se sentía segura y convencida del éxito que iban a conseguir.

Fue a su despacho. Su padre la esperaba visiblemente enfadado, sentado en su cómodo sillón.

—¿Ocurre algo?

—Nos han anulado la reunión. *Harper&Reaves* les ofrecieron por lo visto una muy buena campaña y la han aceptado.

—¿Cómo es posible? —preguntó sorprendida—. ¿Habían hablado también con ellos? ¿Por qué los escucharon a ellos antes que a nosotros?

Duncan se encogió de hombros.

—No lo sé —se encogió de hombros—. Eran nuevos clientes. Apenas los conozco. No sé qué le habrán ofrecido, o cómo estarán acostumbrados a actuar...

—Me da igual —le respondió Sharon empezando a andar por el despacho contrariada—. Esto son negocios. La palabra se respeta y las citas también. Pónmelos al teléfono. Voy a hablar con ellos. Hemos estado trabajando una semana en su publicidad como para no tener la oportunidad de exponer nuestro trabajo.

Duncan habló con su secretaria personal por el teléfono del escritorio y enseguida los tuvo al otro lado de la línea. Sharon, conciliadora, educada y profesional, habló con ellos para colgar poco después, ligeramente contrariada.

—¿Qué ha ocurrido? Parecía que los traías a nuestro terreno —le preguntó Duncan extrañado, habiendo oído toda la conversación.

Sharon lo miró con el ceño fruncido.

—La campaña que le han presentado *Harper&Reaves* era similar a la nuestra... familia, niños, naturaleza... no podíamos presentarle la misma idea, aunque nuestras imágenes fueran mejores... era absurdo insistir en quedar con ellos si no teníamos nada diferente que ofrecer.

Duncan se echó hacia atrás en su asiento.

—Yo me estoy haciendo mayor para esto. Antes la gente respetaba la palabra. Siempre ha habido competencia, pero nunca hemos pisado a nadie para conseguir una cuenta. Hay un mercado lleno de clientes, todos tenemos espacio, sobre todo, si eres bueno —negó con la cabeza.

—Bueno, papá, solo era una cuenta posible. No eran nuestros clientes todavía.

—Lo sé, hija, no me preocupa, pero me deja muy mal sabor de boca...

—Te invito a un café—le sugirió conciliadora—. Vamos a la cafetería.

—Tienes una máquina en el pasillo de la derecha.

—La vi ayer, papá, pero que nos dé el aire nos vendrá bien.

—A mí, no —gruñó sacando varias carpetas de uno de los cajones—. Vete tú. Tengo que terminar varias cosas y, si ves a tu hermana, le dices que suba a hablar conmigo.

Sharon asintió cogiendo su bonito bolso a juego con sus zapatos de la silla donde lo había dejado, para salir en dirección a la cafetería. El aire fresco le vendría bien, y seguro que el café, también, pensó. Por lo menos, esperaba distraerse del contratiempo con *Shakeem&Globe*.



Conforme entraba en la cafetería, que a esa hora estaba bastante concurrida, recordó a Brett y lo buscó con la mirada. Lo encontró sentado en la mesa del día anterior ojeando una revista. Como si supiera que lo miraban, Brett levantó la cabeza, la vio, y sonrió al instante. Sharon se sorprendió por cómo se le había iluminado la mirada al verla y se sintió tremendamente reconfortada por dentro. Siempre era agradable que alguien se alegrara por tu presencia. Sharon levantó la mano mientras le sonreía y se dirigía a la fila del mostrador. Brett fue hacia ella decidido. Llevaba otro traje sin corbata, y realmente le sentaba muy bien, pensó Sharon.

—Esperaba verte —le confesó Brett sonriéndole.

Estaba tan preciosa como recordaba y el brillo de sus ojos azules y su sonrisa parecían un imán del que no podía ni quería alejarse.

—¿Y si no hubiera venido?

—Hubiera pensado una excusa para presentarme en McVee —le sonrió sabiendo que no sería bien recibido allí y más, después del nuevo contrato que habían perdido frente a ellos.

Sharon le sonrió, olvidando por un momento la cuenta perdida. Miró las pizarras con las sugerencias y el mostrador con la variedad de bollería, sándwiches y minibocadillos que había. Solo se había tomado el café para desayunar y su estómago empezaba a acusar su falta de atención.

—Es difícil elegir entre tanta variedad —le comentó.

—No, si sabes qué es lo que quieres —le respondió Brett—. Cualquiera de los sándwiches vegetales con pan de cereales está bueno, si buscas algo que comer.

—¿Mejor que los donuts?

—Si quieres cuidarte, sí —le respondió fingiendo seriedad.

Sharon asintió y le hizo caso. Pidió el sándwich vegetal para acompañar a su café solo. Aunque cuidaba mucho lo que comía por su facilidad para engordar, sabía que la mayor parte de las veces no lo hacía de la manera más sana o como debería hacerlo por el bien de su salud.

—Te invito yo —se ofreció Brett con una atractiva sonrisa.

—¿Por qué?

—Como gesto de bienvenida —le sonrió pensando que eso no aliviaba su conciencia.

Suponía que ya estaría enterada de la pérdida de la cuenta de *Shakeem&Globe*, y no le habría hecho mucha gracia. Connor aún no le había contado cómo había conseguido el chivatazo, pero no iba a hurgar en la herida ni a levantar sospechas frente a ella con su interés al respecto.

Brett le cogió la bandeja y la llevó hacia donde él estaba sentado. Sharon se dejó guiar para compartir mesa.

—Me gusta este sitio —le confesó Sharon—. Es muy grande y está tan concurrido...

—A según qué horas, sí —le explicó Brett—. ¿Qué tal se te presenta el día?

Sharon echó un terrón de azúcar a su café y empezó a darle vueltas.

—Espero que se arregle. No ha empezado muy bien —se encogió de hombros.

Brett no insistió. Suponía a qué se refería y se sentía culpable por la victoria de su empresa y por ocultar su verdadera identidad. Pensó en revelársela, pero su deseo de conocerla era mayor que su necesidad de ser sincero.

—¿Sueles venir mucho por aquí? —le preguntó Sharon cambiando de tema.

—Bueno, a veces, pero si tú vas a venir —miró la hora—, todos los días, a las nueve, me gustaría desayunar contigo.

Sharon le sonrió antes de empezar a comer su sándwich. Se sonrojó complacida. Su interés por ella parecía claro y directo.

—No podría garantizártelo.

—Claro, disculpa —le dijo con una media sonrisa—. No creo que a tu pareja le guste...

Sharon le sonrió por la frase tan poco sutil que había empleado para averiguar si tenía novio.

—No tengo pareja —le confirmó—, pero acabo de incorporarme a la empresa, tengo que acostumbrarme a horarios, reuniones y demás. Aún no soy dueña de mi agenda.

—Pues vamos a hacer una cosa. Desbloquéamelo, por favor —le cogió el teléfono móvil que ella había dejado sobre la mesa e introdujo su nombre y su teléfono en los contactos para aparecer el primero—. Así puedes llamarme siempre que vayas a venir o... cuando quieras.

Sharon sonrió. Se sentía cómoda con Brett. Estaba claro que él quería seguir viéndola y, esa seguridad, le inspiraba confianza. A ella tampoco le importaba verlo. Era realmente atractivo y muy agradable, pero su prioridad era su trabajo y a eso debía añadir el enfado de su hermana.

—Bueno, ahora estoy bastante ocupada...

—Sí, lo supongo. Si acabas de llegar... —aceptó él—. Pero a mí no me importa esperar.

Era cierto. Nunca había sido muy mujeriego. Con frecuencia, el tiempo se le iba explorando internet, preparando gráficos, puliendo ideas, mejorando proyectos... le daban una idea y era capaz de magnificarla e impulsarla con un talento natural y mejorado con años de práctica y aprendizaje.

Y eso, a veces, parecía incompatible con mantener una relación medianamente estable.

—Bueno, será mejor que vuelva al trabajo —le dijo Sharon.

—Ya sabes cómo encontrarme... —la vio levantarse pensando que le estaba dejando a ella toda la posibilidad de volver a verse, dejándolo a él en desventaja—. Si me haces una llamada perdida yo también tendré tu teléfono...

Sharon asintió halagada por su interés. Cogió su teléfono y su sonrisa se amplió al descubrir su nombre escrito como AAABret.

—No quería que perdieras mucho tiempo buscando mi nombre —se explicó con su atractiva sonrisa.

Sharon marcó el número. Cuando oyó vibrar el móvil sobre la mesa, colgó la llamada.

—Nos vemos —se despidió.

Brett la vio alejarse con una sonrisa. Se recordaba a sí mismo en su época de quinceañero ¿Cuánto hacía que no le había interesado una mujer? Lo malo era su apellido, y estaba casi seguro de que cuando supiera quién era él, no querría volver a verlo. Se propuso una carrera contra reloj. Si conseguía enamorarla antes de que ella se enterara podría tener alguna posibilidad. ¿Enamorarla? ¿Por qué había pensado en eso? Conocerla. Él quería conocerla... lo demás ya se vería. Decidió volver a su agencia. Con ese ánimo era más sencillo y gratificante ir a trabajar.



Antes de la hora de comer, Connor entró en su oficina. Se había ausentado media mañana sin dar explicaciones.

—Reunión de creativos —le informó—. En mi despacho. Ahora.

Brett dejó el informe que estaba preparando en el ordenador y le siguió extrañado.

—Aún no me has contado como conseguiste ayer el soplo de *Shakeem&Globe* —le comentó mientras se sentaba en una de las sillas alrededor de la informal mesa de reuniones que había en un rincón del despacho.

Connor sonrió malicioso.

—No creo que apruebes lo que estoy haciendo —le confesó mientras le mantenía la mirada—, pero el negocio es el negocio.

Brett le miró extrañado. Se habían conocido en la universidad. Connor era un lince para encontrar oportunidades y para las relaciones públicas. Él era capaz de perfeccionar cualquier idea con muchísima facilidad y entre los dos, la creatividad fluía de manera muy sencilla. Hacían un buen tándem, y después de bastante formación y experimentación, habían decidido asociarse para montar la Agencia de publicidad Harper&Reaves, que enseguida se había posicionado como referente en su sector, aunque siempre por debajo de McVee.

—¿A qué te refieres?

—Ya te lo contaré —le aseguró mientras el equipo de creativos entraba—. Chicos, Precocinados Brewater quiere lanzar su línea de tartas heladas.

—No sabía que nos hubieran llamado —comentó Brett extrañado echándose hacia atrás en la silla.

Connor le miró entrecerrando los ojos.

—Vamos a adelantarnos —les indicó.

—A Mcvee —dijo por hecho Brett.

—¿Qué más da? Hay que ponerse las pilas. Nadie se va a comer hoy hasta que no lo tengamos. El punto de partida es: Cumpleaños del abuelo, tarta helada. Estamos cerca de Acción de Gracias, quieren sacarla diez días antes. Quiero ideas ya.

Una hora después Brett recogía sus apuntes tras acabar la reunión.

—¿Estará preparado para primera hora de la tarde?

—Por supuesto. Pero Connor, esto no me gusta.

—Es un cliente nuevo.

—Estás robando clientes a McVee.

—Aún no son sus clientes.

—Lo hubieran sido. Tienen un buen equipo de creativos.

—Nosotros también.

—Pues algo falla si no nos llaman a nosotros.

—No falla. Son empresas de la vieja escuela. Las nuevas empresas nos llaman a nosotros, las

clásicas siguen contando con McVee.

—Hay suficiente para todos, Connor. No necesitamos hacer eso.

—Aprovechemos el tirón —le sugirió—. Deja de preocuparte.

—No me gusta este tirón—le dijo serio y bastante molesto.

Siempre habían trabajado a conciencia, sumando pequeños logros, labrándose una merecida y buena reputación. La mayoría de sus clientes eran fieles a ellos y siempre se iban añadiendo algunos nuevos cada mes. Habían empezado los dos juntos y ahora estaban trabajando con ellos nueve personas más. Le gustaba su trabajo, le gustaba su empresa, pero esta nueva actitud de Connor le hacía dudar y, sobre todo, plantearse posibles consecuencias. Además, bastante complicado lo tenía ya con Sharon por su apellido, como para añadir alguna dificultad más.



—¿Cómo que han anulado la cita de mañana, Hillary? —preguntó Sharon a la secretaria de su padre cuando entró para avisarlos de la cancelación.

Hillary Simpson era una mujer rubia de mediana que rondaba los cincuenta años, pero que parecía más joven. Delgada y vestida de manera juvenil, se ajustó las gafas de montura oscura asintiendo. Llevaba trabajando en la agencia casi desde su creación.

—¿No han dado ninguna explicación?

—Han dicho que otra agencia les había pasado una campaña muy emotiva... y que no querían consultar con ninguna otra más.

—Ya... ¿Harper&Reaves?

Hillary asintió con una mueca.

—Me temo que sí... No me lo han dicho claramente, pero por lo que les he podido sonsacar, creo que se referían a ellos.

Sharon fingió una sonrisa.

—Gracias, Hillary. Contacta con Precocinados Brewater y pásamelos. Voy a hablar con ellos. No conseguiremos esta cuenta, pero voy a manifestarles mi desacuerdo con su forma de trabajar.

Sharon y su padre se miraron serios.

—¿Esto ocurre muy a menudo?

—Pues normalmente, no. Conseguimos el ochenta por ciento de las presentaciones que hacemos. El otro veinte por ciento no sé quién se lo llevara. No me he preocupado nunca por eso. Muriel Morris se dedica a estudiar y analizar la competencia. Supongo que ella tendrá esos datos. Está al final del pasillo.

—Y ¿qué pasa con *Harper&Reaves*? ¿Son tan buenos?

Duncan se encogió de hombros.

—Su agencia está al otro lado del edificio de la cafetería. Los he visto un par de veces. El día y la noche. Harper se ve muy inteligente, Reaves un cazafortunas. Serán de tu edad más o menos. Supongo que cualquier día te cruzarás con ellos.

—Pues no tengo ninguna gana de ello —cogió el teléfono que había empezado a sonar—. Sí,

Hillary, gracias. ¿Precocinados Brewater? ¿Con quién hablo?

Cuando colgó el teléfono dejando clara su postura y la importancia que daban al valor de la palabra y a la profesionalidad, firme, pero lo suficientemente flexible para garantizarse una nueva oportunidad en el futuro, se dirigió a la mesa de Muriel.

Muriel era un poco más joven que ella, con el cabello negro y corto, ojos oscuros y ropa de colores llamativos. En su mesa había dos pantallas de ordenador y diferentes folios escritos marcados con coloridos post its.

—¿En qué puedo ayudarle, señorita McVee?

—Hola, Muriel. Llámame Sharon, por favor —se sentó frente a ella—. ¿Qué sabes de *Harper&Reaves*?

—¿Qué quieres saber? —le preguntó insegura Muriel.

Casi no había oído hablar de Sharon y no sabía cómo reaccionar ante ella. A Tess tampoco la conocía mucho. Sabía que era silenciosa, discreta y muy profesional y apenas habían cruzado un par de palabras, pero suponía que los miembros del departamento de contabilidad eran callados por naturaleza.

—¿Qué puedes decirme?

—¿A nivel profesional?

—¿Los conoces a nivel personal?

Muriel se encogió de hombros.

—No mucho, pero sé que los jueves por la tarde juegan al baloncesto en la cancha que hay en la zona norte. Se reúnen empleados de diferentes empresas y lo cierto es que es agradable pasarse por allí, aunque sea solo para mirar.

—¿Los jueves?

Muriel asintió.

—A las cuatro.

—Supongo que también acuden mujeres.

—La mayoría son hombres —sonrió—, pero puedo acompañarte si quieres.

Sharon sonrió asintiendo.

—Me gusta la idea. Apúntalo en la agenda.

—Joe y Herman, del equipo creativo también suelen acudir.

—Genial, pues el jueves a las cuatro menos cuarto nos vemos aquí.

—Con ropa deportiva —le señaló Muriel por si no se había dado cuenta de lo elegante que iba vestida.

Sharon asintió, agradecida. Estaba dispuesta a dejar claros los límites con *Harper&Reaves*, y cuanto antes mejor.

Volvió a su despacho y sintió que su móvil vibraba. Lo abrió distraída y sonrió al ver el remitente del WhatsApp.

«¿Sueles cenar?»

Sharon no sabía qué contestar. No tenía planes ni realmente nada que hacer cuando llegara a casa. Además, hacía mucho tiempo que no tenía una cita, porque suponía que podía considerarlo así. Decidió contestarle.

«Sí. Normalmente algo ligero.»

«¿Sushi, por ejemplo?»

«Podría ser.»

«¿Conoces el restaurante japonés Mizuki?»

«Puedo preguntar para llegar a él.»

«Puedes hacerlo o decirme por dónde paso a buscarte.»

«Prefiero verte allí.»

«¿A las siete?»

«Perfecto.»

Miró la hora sonriendo. Tendría que darse prisa, pero lo cierto era que le hacía ilusión. Volvió rápida y con una sonrisa radiante al despacho que compartía con su padre.

—Papá, me voy ya ¿Vas a quedarte mucho más?

—No —se echó hacia atrás en la silla—. Me iré pronto. Tess ha hablado con tu madre, por si quieres saberlo. Sigue enfadada, pero está trabajando desde casa.

Sharon hizo una mueca.

—A ver si se le pasa pronto —le comentó dándole un beso en la mejilla—. Mañana nos vemos.



Sharon había elegido un sencillo vestido de color oscuro. Se sentía nerviosa ante esa primera cita. Cuando entró al restaurante le gustó su bonita decoración minimalista, y los amplios ventanales por los que entraba luz natural, que, a esas horas, ya empezaba a escasear. Vio a Brett sentado a una mesa para dos. Él la había visto nada más entrar y su sonrisa ya le estaba recordando que era bienvenida.

Cuando llegó hasta él, Brett se levantó para retirarle la silla, gesto que ella agradeció. No era una mujer machista, pero le gustaban esos pequeños detalles que le hacían sentirse cuidada e importante.

—¿Qué tal ha ido el día? —le preguntó Brett—. Temí que pensaras que era muy pronto para tener una cita —le dio la elegante rosa de tallo largo que había comprado para ella—, pero como los dos solemos cenar, era una manera de aprovechar el tiempo y... conocerte un poco más.

Sharon, emocionada por el detalle, olió la rosa roja antes de dejarla entre ellos con una sonrisa de satisfacción. Brett había dicho que quería conocerla y eso era algo muy agradable de sentir. Le sonrió mientras lo miraba. Estaba muy guapo. Vestía más informal que las veces anteriores que le había visto, pero aun así seguía transmitiendo confianza y seguridad.

—Realmente te lo agradezco —le dijo ella mientras él le llenaba la copa con el vino que ya había pedido—. No se me da bien cocinar, así que mis cenas suelen ser sándwiches o sobras de la nevera.

Brett sonrió. Cada vez le parecía más bonita. Sabía que tenía que ir con cuidado, pero reiteró el pensamiento que tuvo nada más verla. Era la mujer con la que quería pasar el resto de su vida. Nunca iba a cansarse de esa sonrisa, y el brillo en los ojos era algo que se comprometía consigo mismo a mantener siempre.

—Pues yo preparo unas cenas fabulosas —le aseguró—. Así que no hay problema.

Sharon asintió con la cabeza antes de dar un sorbo a la copa de vino.

—¿Qué tal ha ido tu día hoy? —le preguntó ella, evitando hablar de su trabajo.

La confidencialidad la llevaba a rajatabla, así que rara vez su propio trabajo era el tema de conversación. Siempre había sido así, en su empresa y en las anteriores donde había estado.

Brett se encogió de hombros. Estaba entrando en terreno pantanoso en el que sabía que no debía entrar. No quería decirle quién era él ni que ella tuviera la oportunidad de preguntárselo.

—Más o menos como siempre —le respondió mientras miraba la carta antes de pedir —¿Te gusta la ensalada de Wakame y sésamo?

Sharon asintió mirando su carta y sugiriendo el sashimi de salmón.

—Me dijiste que habías viajado mucho. ¿Cuál ha sido el sitio que más te ha gustado? —le preguntó cambiando totalmente el tema de la conversación.

Sharon tuvo que pensarlo antes de contestar, incluso iba cambiando de lugar según recordaba las experiencias y las fotos que había realizado.

La cena transcurrió rápida y agradable para los dos, intercambiando opiniones sobre lugares, viajes y futuros y posibles destinos por visitar.

Brett no recordaba haber disfrutado tanto con alguien. Sharon no quería que la noche acabara nunca.

Ya era tarde cuando salieron del restaurante y el frío les golpeó al salir. Brett le cogió de la mano en cuanto salieron por la puerta.

—¿Has venido en coche? —le preguntó para saber hacia dónde dirigir los pasos.

Sharon asintió.

—Lo tengo aparcado al final de esta calle —le señaló con la rosa que él le había regalado.

Se miraron, cómplices y fueron en un cómodo silencio paseando juntos, sintiéndose las manos y disfrutando del momento.

—He alquilado una casa en las montañas para este fin de semana en Yosemite. Podías venir conmigo. Seguro que puedes hacer muy buenas fotos.

Sharon se sorprendió por la propuesta, porque ella misma había estado pensando en salir de la ciudad el fin de semana.

—¿La has alquilado para ti solo?

—Sí —improvisó—. Tenía cosas que pensar y el aire fresco y la naturaleza siempre ayudan.

—Pensaba salir a hacer fotografías, así que me parece bien —decidió—. Pero no quiero molestarte.

—Si pensara que ibas a hacerlo no te habría dicho nada —le respondió dándole un beso en la mano que sostenía—. Y tranquila, hay muchas habitaciones. No tenemos por qué compartir una si no quieres.

La miró con una sonrisa que ella le devolvió, sabiendo lo que podía significar que se fueran juntos y solos a pasar el fin de semana.

—Este es —le comentó al llegar hasta un Chrysler blanco.

Brett la apoyó con suavidad en el coche acercándose más a ella. La luz de la farola los iluminaba. Sharon sintió cientos de mariposas revoloteando en su interior. Se miraron a los ojos. No hacía falta nada más. Él le miró sus bonitos labios y volvió a mirarla a los ojos. Parecía que ella, en silencio, le daba permiso para probarlos. No se hizo de rogar. La besó con suavidad, una vez, dos, tres, antes de profundizar en su boca, en el beso, en su vida.

Sharon recibió el beso compartiendo la misma pasión, la misma ilusión, la misma confianza.

Les costó separarse. Brett sonrió sin dejar de mirarla.

—Una parte de mí quiere ir despacio —le comentó—. Otra, te aseguro que no tanto.

Se separó de ella ligeramente, dejándole espacio para que se moviera.

Sharon sonrió ante su sinceridad.

—Lo he pasado muy bien —le dijo girándose perezosa para abrir la puerta del conductor.

Él le sostuvo la puerta. A ella también le estaba costando separarse.

—Supongo que nos veremos mañana —comentó Sharon conforme entraba.

—¿A las nueve en la cafetería? —le preguntó Brett.

Sharon asintió complacida, satisfecha y realmente feliz. Brett era guapo, atractivo, atento y encantador. Era un aliciente extra en su nueva vida, un aliciente que le gustaba mucho.



Sharon se cambió de ropa en el cuarto de baño. Cambió su bonito vestido oscuro y recto por unas mallas de corte pirata y una camiseta amplia y larga de color claro, que no escondía su figuraba ni disimulaba su feminidad. Se recogió el pelo en una cola de caballo y sustituyó sus tacones por unas cómodas deportivas. Metió en una pequeña mochila un botellín de agua, una toalla y un pequeño neceser.

A esas horas no había muchos empleados trabajando en las oficinas. Se les había dado libertad de horario y flexibilidad en la medida de lo posible y se regulaba a través del departamento de recursos humanos. Dejó la ropa en su coche y volvió a subir para buscar a sus compañeros, dispuesta a jugar al baloncesto.

No jugaba desde el instituto, pero, por entonces, se le daba bastante bien. Recordaba las bases y sabía lo importante que era el cuerpo a cuerpo con el oponente. Quería conocer a los hombres que daban nombre a sus mayores rivales, y de paso, conocer un poco más a sus propios trabajadores.

Fue al despacho a despedirse de su padre que la miró sorprendido.

—¿Te has apuntado a algún gimnasio? —le preguntó extrañado.

—No, papá. Voy con Muriel, Joe y Herman del equipo creativo, a jugar al baloncesto.

—¿Al baloncesto?

—Sí. Detrás de la cafetería. Espero conocer a Harper y a Reaves.

Duncan asintió encogiéndose de hombros.

—A esto me refería cuando decía que Tess no valía para este puesto —le comentó asintiendo con la cabeza—. Esta chica no se relaciona con nadie. Llevas aquí cuatro días y ya te vas a jugar al baloncesto con los empleados.

—Bueno, no le des más vueltas. Ya sabes que a mí encerrarme en una oficina todo el día, me hace salir corriendo —le sonrió dándole un beso en la mejilla antes de salir para buscar a Muriel.

—Señorita McVee —exclamaron Joe y Herman al verla acercarse a la mesa de Muriel que estaba apagando el ordenador.

—Llamadme Sharon —les sugirió ella con una sonrisa—, y con más motivo si me veis en mallas.

Los dos hombres también iban vestidos con ropa deportiva y amplia. Joe era moreno y tenía el cabello rizado. Herman era bastante más alto que él, y tenía el cabello castaño y una incipiente barba del mismo color. Muriel llevaba unas mallas y un top cortos y a juego, que hizo que Sharon se planteara que su ropa deportiva necesitaba desinhibirse. Aunque su objetivo era conocer a la competencia, y no buscar novio, se recordó. Herman llevaba la pelota de baloncesto. Juntos fueron hacia allí hablando de nimiedades.

Cuando Brett cogió la pelota del rebote, vio acercarse a Sharon y le pareció que todo desaparecía a su alrededor. Ella sintió lo mismo. Dejó de escuchar a sus compañeros y sonrió a Brett que vestía pantalones cortos y camiseta amplia de color gris. Se fijó en que había varios chicos más botando pelotas y hablando entre ellos.

—Joder, ¿quién va con Muriel? —le preguntó Connor acercándose a Brett.

—Yo la vi primero —le advirtió Brett sin dejar de mirarla.

Connor sonrió, sorprendido con su socio. Nunca le había vetado una mujer. Realmente, apenas le había conocido ninguna relación desde que lo conocía.

—Cuando acabes de tirártela, me avisas.

Bret le miró serio sin decirle nada. Le pasó la pelota y se dispuso a evitar que encestara.

—Ahí los tienes, Harper y Reaves —le comentó Muriel disimulando mientras dejaban las mochilas en un banco un poco alejado—. Los más bajos trabajan con ellos, y los otros dos son de Carlton Company. Creo que Connor es con quien hay que tener más cuidado.

—¿Connor?

—Connor Reaves. El moreno de pelo muy corto. Supongo que tratará de ligar contigo... Para un polvo vale, pero no esperes nada más —se sonrojó—. Lo siento, señorita McVee.

Sharon sonrió quitándole importancia.

—Bueno es saberlo —miró a Brett que no había dejado de mirarla mientras tiraba el balón a la canasta y encestaba.

Sharon miró al que le habían señalado como Connor. Él la estaba mirando y le mantuvo la mirada desafiante. Era un poco más bajo que Brett, también bastante guapo, pero no le gustaba su actitud, su manera de andar, de mirarla. Connor le guiñó un ojo y ella enarcó las cejas sorprendida. Vanidoso, engreído y prepotente, pensó. Desvió la mirada. Había cuatro canchas de baloncesto. Una estaba vacía y las otras dos ocupadas ya por jóvenes como ellos de diferentes sexos.

—¿Siempre ocupáis la misma? —les preguntó.

—Normalmente sí, pero porque jugamos a la misma hora. Ocurrió de manera natural. Aquí no se habla de trabajo —le comentó Muriel— aunque todos sabemos dónde trabajan los demás.

Sharon asintió volviendo a mirar a Brett que estaba botando la pelota antes de tirar a canasta y meterla.

—¿Quién es Harper?

—El buenorro de gris —le comentó sin necesidad de mirarlo de nuevo—. Pero va por libre, no se fija en nadie. Lo contrario a Connor.

Gris. Sharon miró a los chicos. Brett iba de gris, así que Harper debía ser el chico moreno no tan alto, con cara de inteligente, pensó. Y Muriel tenía razón. Ni la había mirado.

—¡Herman! —exclamó Connor—. Nos sobra uno, os falta uno. ¿Echamos un partido?

Herman miró a Sharon que asintió. Salieron a la cancha y uno de los chicos bajos, rubio de pelo muy corto se situó junto a ellos tendiéndoles la mano.

Cada uno de los oponentes fue sin haberlo hablado previamente frente a uno de ellos. Brett se

colocó frente a Sharon con una media sonrisa muy atractiva.

—No sabía que te gustara jugar —le comentó mirándola a los ojos.

—Hay muchas cosas de mí que no sabes —le respondió ella sonriendo retadora mientras Herman ocupaba su puesto como capitán del equipo.

—Habrá que ponerle remedio a eso —le contestó haciéndola sonreír, mientras trataba de bloquearle el pase que Herman buscaba.

El partido fue divertido, relajado y retador. Sharon y Brett eran muy conscientes de que se estaban enfrentando y a la vez de que se atraían irremediamente. Se rozaban, se apoyaban uno frente al otro cuando el juego lo requería, quizá más de lo estrictamente necesario, se insinuaban, se sonreían, se acariciaban fugazmente.

Cuando el partido acabó con una mínima victoria para el equipo en el que jugaba Sharon, todos se dieron la mano deportivamente.

—Te mueves bien, rubia —le dijo Connor a Sharon cuando llegó a ella—. Espero volver a verte.

—Sin duda lo harás —le contestó Sharon con una sonrisa irónica.

Connor le devolvió la sonrisa. No le importaría para nada volver a verla. Esperaba que Brett la dejara pronto. Los había observado y suponía que su socio se daría una ducha de agua bien fría después de lo que había visto.

Brett retuvo su mano en el saludo más de lo estrictamente necesario. Le gustaba mirarla. Se le había soltado algún mechón de cabello y estaba ligeramente acalorada. Supuso que todavía no había descubierto quién era, o quizá sí que lo había hecho y no le importaba. Estaba deseando que llegara el fin de semana para descubrirlo o contárselo si encontraba el momento oportuno.

—Nos vemos mañana —le confirmó Brett deseando que recordara su encuentro en la cafetería.

—A las nueve —confirmó ella con una sonrisa manteniéndole la mirada.

Estaba atractivo hasta después de haber hecho ejercicio. Muy atractivo, pensó. Le costó romper el contacto porque realmente no quería hacerlo, pero debía saludar a los demás, entre ellos a Harper, que apenas la había mirado en todo el partido y que apenas reparó en ella durante los saludos.

Como su padre le había señalado tenía aspecto de inteligente, aunque le sorprendió la falta de atención prestada a todo en general. Parecía más concentrado en sus cosas que en vivir el momento presente.



—¿Qué ha ocurrido ahí? —le preguntó Connor a Brett mientras iban hacia las duchas del gimnasio y se adelantaban del resto.

Brett se encogió de hombros.

—Si lo sabes no preguntes.

Connor asintió intrigado.

—Realmente, no lo sé.

—Porque no te importa —le respondió Brett.

Nunca había contestado así a su socio, ni había tenido motivos de desconfianza, pero últimamente no le gustaba su comportamiento y a Connor no parecía importarle. Nunca había compartido información sobre sus conquistas porque tampoco había tenido muchas, pero no quería mezclar a Sharon con él, ni pensaba decirle quién era exactamente.

Connor aceptó el desplante sin preguntar nada. Brett era muy celoso de su vida privada. Espero a que Herman se acercase.

—¿Quién era la rubia?

—Sharon McVee —le comentó Herman sin darle mayor importancia mientras seguía hablando con Joe.

Connor se sorprendió. Debía ser difícil concentrarse en el trabajo con una mujer tan escultural y bonita como esa. Brett había sabido escoger bien. Esperaba que le sacara buen partido a esa relación en todos los sentidos.

La ducha de agua fría revitalizó y relajó a Brett a partes iguales.

Sintió como las ideas para las nuevas campañas fluían con rapidez. Antes de vestirse cogió su grabadora y empezó a enumerar todo lo que se ocurría y que retomaría al llegar a casa y darle forma.

Llevarse el trabajo a casa era algo habitual. Nunca se sabía cuándo podía llegar una idea. Salió distraído del gimnasio cuando vio a Sharon dirigirse a su coche. Vestía con una falda estrecha de color claro y una camisa blanca. Su bonito pelo rubio no estaba seco del todo y no parecía llevar nada de maquillaje.

Aceleró el paso para llegar a ella y alcanzarla junto a la puerta del copiloto. Ella se había detenido con una sonrisa al verlo.

Brett llevaba el pelo mojado peinado hacia atrás e iba con unos vaqueros que evidenciaban sus largas piernas y una camisa de color claro por fuera. Estaba realmente arrebatador.

Él se acercó demasiado para aprisionarla con su cuerpo contra el coche mientras miraba a su alrededor y se cercioraba de que cerca de ellos no había nadie, por lo menos conocido.

Sharon agradeció en silencio el gesto. Él olía a gel y champú, suponía que igual que ella. Apoyó sus manos en sus caderas, mientras él apoyaba las suyas en su coche impidiéndola escapar, cosa que no pensaba hacer.

—Te he visto acalorada, ahora te veo recién salida de la ducha... cuando llegue a mi apartamento tendré que darme otra ducha fría, pero no puedo evitarlo...

La besó con hambre, con ganas, con pasión. La arrastró hacia sensaciones que ella no estaba acostumbrada a sentir. Sharon le devolvió el beso con la misma fuerza, abrazándose a su cintura al sentir temblar sus rodillas.

Brett se separó controlando visiblemente sus deseos de más.

—Será mejor que lo dejemos para otro momento —le dio un beso más corto en sus sugerentes labios.

Sharon asintió tratando de regular su respiración. No tuvo dudas de lo que iba a ocurrir entre ellos el fin de semana y no le importaba en absoluto, es más, estaba deseando renovar su lencería y estrenarla.



—¿Todo bien? —le preguntó Duncan al día siguiente a su hija al verla entrar radiante por la puerta.

Sharon siempre había sido de sonrisa fácil, pero le notaba algo diferente y no estaba seguro de que se debiera exclusivamente al trabajo.

Sabía que estaba disfrutando de su nuevo cargo en la empresa, que le gustaba, que se le daba bien y que iba a hacerlo tan bien como esperaba. Los empleados la respetaban y le tenían confianza, pero intuía que había algo más.

—Sí, papá —le respondió sentándose en la mesa supletoria habilitada para ella hasta que su padre anunciara su jubilación.

—Tess habló con tu madre ayer —le comentó.

—¿Y?

—Aún sigue enfadada —se encogió de hombros.

—Se le pasará —le respondió Sharon—. Cuando sea, pero se le pasará. No te preocupes, ya la conoces. ¿Sigue trabajando desde casa?

—Sí. Con su portátil —le explicó—. Este fin de semana podemos repasar las cuentas más antiguas.

—Tengo planes —le respondió sin mirarle a la cara mientras cogía las carpetas que había sobre su mesa y se sentaba a su lado.

—No has dejado la fotografía ¿no?

Sharon miró a su padre confundida.

—¿La fotografía? No... pero no te preocupes —le dijo tranquila—. Puedo hacer fotos en cualquier momento. Lo mismo un día hago fotos de la agencia y actualizamos la web.

—Es tu empresa —le sonrió Duncan sincero y contento por no haber truncado demasiado los sueños profesionales de su hija.

Sharon siempre había probado muchas cosas. Algunas se le daban bien, otras no tanto, pero no parecía aferrarse a nada. Le gustaban los retos y los asumía decidida, dando siempre lo mejor de ella. Ahora su reto era la empresa y se alegraba de que le resultara compatible con sus hobbies.

Sharon se centró en la documentación que tenía frente a ella con un bolígrafo en la mano. Ya había escrito la lista de lo que quería llevarse a la montaña mientras tomaba el primer café rápido en casa, para no distraerse con ello durante la mañana, pero no podía evitar mirar el reloj con cierta ilusión para acudir a la cafetería a tomar su siguiente ración de cafeína y volver a ver a Brett.



Afortunadamente el día pasó rápido y la primera hora de la tarde la encontró terminando de hacer la maleta que pensaba llevarse.

Brett acudió puntual a por ella, tal y como habían quedado mientras desayunaban por la mañana.

Ya oscurecía cuando el parque nacional de Yosemite los acogió con los brazos abiertos. Las altas secuoias y el frío de las montañas les dieron la bienvenida cuando llegaron frente a una rústica cabaña de madera. Sharon apenas pudo esperar a sacar su Olympus de la funda para empezar a tomar fotos de inmediato.

Brett sonrió al ver la emoción que reflejaba su bonito rostro y el brillo en sus ojos. Sharon le devolvió la sonrisa mientras se daba cuenta de que él se encargaba de las maletas de ambos. Fue a coger de su maleta, pero él no le dejó hacerlo. A cambio le dio un beso rápido.

—Me gusta verte sonreír —le confesó entrando en la acogedora casita de madera con las dos maletas.

Sharon le sonrió mientras cogía la bolsa con la comida que habían comprado en un pueblecito poco antes de adentrarse en el bosque. Le siguió hasta el interior.

La bonita cocina estaba abierta al salón, confortable y acogedor, y al lado de chimenea había pequeños troncos de madera.

—Dejo tu maleta en la primera habitación, y la mía en la de al lado —le comentó él desde la planta de arriba.

Sharon sonrió ante el comentario.

—Esperaba que compartiéramos habitación —le respondió juguetona desde la cocina, donde estaba haciendo una inspección de los utensilios y sacando la comida de la bolsa.

Brett sintió que le faltaba el aire por segundos y sonrió agradeciéndole a la vida el regalo de haberla conocido. Empezó a bajar las escaleras con una manta bajo el brazo que dejó sobre el sofá. Se acercó a ella con una atractiva sonrisa en los labios.

—Nada me gustaría más —se le acercó colocando sus manos en las caderas.

Sharon se mordió los labios emocionada, impaciente, insegura, mientras apoyaba las manos en su pecho. Brett aceptó el gesto como una invitación y no dudó en aprovecharla. Sus labios besaron los de ella y la lengua invadió su boca sin opción a escapar de él. Sharon participó con el mismo entusiasmo y cuando las manos de él descendieron de sus caderas ella pasó los brazos alrededor de su cuello.

Brett, acalorado, dejó de besarla.

—Creo que, si sigo, no podré parar —le confesó sincero—, y me gustaría encender la chimenea por lo menos.

Sharon asintió.

—Hazlo, mientras yo saco la cena que hemos comprado.

Brett obedeció, sintiéndose como un quinceañero ante su primera vez. La miraba de vez en cuando mientras encendía el fuego que iba a dar calor y romanticismo al salón.

Sharon lo miraba risueña y ligeramente nerviosa. No recordaba la última vez que alguien se había tomado tantas molestias para estar con ella o había preparado tanto el encuentro. Observó que había diferentes velas dispuestas por el salón así que una vez que colocó la fuente de quesos, el pan de diferentes sabores, las uvas y las nueces en una bandeja que encontró, empezó a encender las velas para apagar la luz de la lámpara y quedar solo iluminados por el fuego de la chimenea y el resplandor de las velas.

Brett extendió la manta que había bajado sobre el suelo y se levantó para descorchar la botella de vino que había dejado sobre la mesa pequeña con el resto de la cena.

Sharon sonrió nerviosa mientras él la miraba y le tendía su copa antes de llenarla.

—Brindemos.

Ella asintió con un escalofrío ante la promesa de lo que sucedería en pocos minutos. Brett se sentó en la manta frente al fuego invitándola con el gesto a que ella se acomodara a su lado.

—¿Por nosotros? —continuó él deseando que ese momento, el brillo de su mirada, la calidez que les rodeaba, duraran siempre.

Sharon asintió antes de beber un sorbo. Brett le cogió la copa y la dejó sobre la mesa antes de acariciarle el rostro con suavidad. No pudo contenerse más, quería besarla, sentirla, perderse en ella.

Sharon se dejó llevar participando con el mismo deseo, con el mismo entusiasmo, con el mismo compromiso.

El calor del fuego en la chimenea les arropó mientras se desnudaban, mientras se besaban, mientras se acariciaban, mientras se exploraban y mientras se sentían el uno al otro, con pasión y entrega.



Ya era mitad de mañana cuando Sharon abrió los ojos en la cama de una de las habitaciones del piso superior. Apenas recordaba cuando habían subido entre besos y caricias, después de haber disfrutado de la cena frente al fuego y de su anterior y posterior encuentro.

Brett la miraba desde la ventana, vestido con los vaqueros y un jersey de punto blanco. Tenía su inseparable grabadora en la mano. Se había levantado mucho antes lleno de ideas nuevas y había aprovechado que ella dormía para dejarlas grabadas y observarla. Ella estaba preciosa, relajada, despeinada y todavía somnolienta.

—¿Qué haces? —le preguntó incorporándose—. No sé qué hora es. Creo que he dormido demasiado.

Brett dejó la grabadora sobre la mesilla y se sentó sobre la cama para darle un suave beso en los labios.

—Estás preciosa cuando te despiertas. He preparado café —le dijo—. No quería despertarte. He aprovechado para trabajar hasta ahora y si quieres podemos salir por alguna ruta para que

hagas fotos.

Sharon asintió.

—No tardo nada en vestirme y salimos.

—Eso de que no tardas en vestirme tendrás que demostrármelo —le sonrió quitándose el jersey mostrando su pecho musculoso mientras se tendía sobre ella.

Ella lo recibió con un abrazo y una sonrisa.

—Realmente no tenemos prisa —susurró dejándose llevar por el beso que él estaba invitándole a compartir.



El lunes, a primera hora de la mañana, Sharon entró en el despacho de su padre rezando para que él no notara cuánto había disfrutado en todos los sentidos durante el fin de semana. Lo encontró hablando por teléfono con el ceño fruncido. Se sentó frente a él, extrañada.

Duncan colgó poco después agradeciendo la llamada ante la atenta mirada de su hija. Sharon había seguido las expresiones de su padre y reconocido su incipiente enfado.

—¿Qué ha ocurrido?

—Nunca había pasado esto —Duncan se levantó de su silla y empezó a andar por el despacho—. No sé qué pensar. No hemos contratado a nadie nuevo en el último año.

Sharon también se había levantado y lo miraba preocupada con los brazos en jarras. Los recuerdos del fin de semana desaparecieron de golpe con la vuelta a la realidad. El enfado de su padre estaba empezando a ser contagioso.

—Era William, de *William&Co*.

—Llevan con nosotros muchos años —añadió Sharon que ya había empezado a familiarizarse con todos los clientes.

—*Parker&Reaves* le ha diseñado una campaña para el último producto que nos han confiado. Nadie tenía por qué saber nada al respecto. Ni del producto, ni de la campaña.

—¿Tenemos un topo en la agencia? —preguntó incrédula empezando como su padre a caminar por el despacho— ¿Cómo es posible?

—No lo sé —le respondió Duncan andando en sentido contrario a su hija.

—Muy bien... ¿Reunión de personal para extremar medidas de confidencialidad? ¿Desconfías de alguien?

Duncan dejó de caminar negando con la cabeza.

—Soy muy cuidadoso seleccionando empleados, les pagamos bien, les damos libertad... —reconoció—. No se me ocurre nadie.

—Muy bien —con ojos brillantes por la furia que sentía cogió su bolso de la silla donde lo había dejado—. Voy a *Parker&Reaves*.

—Te acompaño —le propuso Duncan serio.

—No —le respondió Sharon segura—. Seré la nueva directora, y aún no me conocen. No quiero que piensen que necesito a mi padre para defender mi empresa.

Duncan asintió confiando plenamente en su hija. Sabía que la furia de Sharon era capaz de convertir sus palabras normalmente amables en frías, heladoras, agresivas y concluyentes. Siguió andando por el despacho sin saber a quién juzgar como culpable.

Sharon atravesó el edificio de la cafetería para llegar al que albergaba la agencia de su competencia. Era similar a sus propias instalaciones. Miró el expositor de empresas para saber a qué planta dirigirse. Cruzó la recepción con paso firme y la furia reflejada en su rostro y esperó el ascensor impaciente. Subió hasta la quinta, pensando que quizá debería calmarse. No quería montar una escena delante de toda la plantilla. Eso eran negocios. Su negocio. Y se lo estaban intentando hundir. Volvió a enfadarse todavía más.

Fue derecha a las oficinas y entró sin llamar. Brett se sorprendió al verla entrar como un vendaval y la furia reflejada en su cara. Dejó las carpetas que llevaba sobre la mesa más cercana y fue hacia ella decidido antes de que nadie la frenara. No esperaba tener que descubrirse tan pronto. La cogió del brazo y la empujó hacia el despacho más cercano que había y que, afortunadamente, no tenía ventanas hacia el pasillo.

Sharon se sorprendió de que alguien la cogiera por el brazo y la metiera en un despacho sin mediar palabra hasta que vio que era Brett.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué ocurre? —le preguntó alarmado.

Sharon puso los brazos en jarras.

—¿Que qué ocurre? Tus jefes están intentando robar mis cuentas descaradamente. Al principio fueron posibles clientes, pero ahora son clientes de toda la vida, y eso no lo voy a consentir. No sin decirles a la cara todo lo que pienso— le explicó furiosa.

Brett sintió que su furia también empezaba a crecer.

—¿Estás segura de esto? —No daba crédito a lo que acababa de escuchar.

—Pues claro que sí. Uno de nuestros clientes nos llamó para avisarnos —le explicó más calmada.

Brett apretó los labios con fuerza. Connor había pasado la estrecha línea con la que estaba jugando desde hacía unas semanas. Ya había comprometido el nombre de su agencia y la voz no tardaría en correrse.

—Déjame arreglarlo —le pidió.

—¿Quién? ¿Tú?

—Sí —le pidió él furioso, deseando enfrentar a su socio.

—No me dijiste que trabajabas aquí.

—No —reconoció sincero—. Dame tiempo para solucionar esto. Pasaré por McVee en cuanto tenga algo que decirte al respecto.

Sharon confió en él.

—Te doy de tiempo hasta primera hora de la tarde, si no, pasaré yo para hablar con tus jefes —le avisó contundente.

Salió del edificio todavía muy molesta, demasiado. ¿Alguien filtrando información de la empresa? No podía creerlo, ni imaginarlo. ¿Quién sería capaz de traicionar a la compañía y a sí mismo? ¿Por dinero? ¿Por miedo a perder el trabajo? Los empleados todavía no sabían de la jubilación de su padre, aunque verla por allí les podía haber alertado. De cualquier manera, no había sentido ninguna hostilidad por parte de nadie. No sabía qué pensar.

Decidió programar una reunión con ellos. Coger ya las riendas, que conocieran su forma de

trabajar, directa y a la cara, y, sobre todo confiando, y contando con ellos. Creía que era la mejor manera de dirigir el barco.

Volvió a la oficina para compartir la idea con su padre.



Brett apagó la alarma del móvil que le avisaba un cuarto de hora antes de su cita de las nueve con Sharon. Suponía que esa mañana no estaría a las nueve en la cafetería a juzgar por cómo había entrado en su agencia media hora antes. Él aún estaba esperando ver aparecer por la puerta a Connor. Una cosa era robarle a McVee posibles clientes y otra muy diferente tocar los antiguos y él, en ninguno de los casos, estaba de acuerdo, ni iba a permitirlo. No iba a jugar con su reputación ni con su apellido.

A mitad de mañana lo vio llegar a la empresa tan tranquilo. Salió de su despacho y lo siguió hasta el suyo sorprendiéndolo.

—Tenemos que hablar —le dijo serio apoyándose en la puerta con los brazos cruzados.

—Claro —le respondió sentándose en su silla relajado—. Tú dirás.

—¿A qué estás jugando?

—¿A qué te refieres?

—Lo sabes perfectamente.

Connor lo miró con los ojos entrecerrados.

—No eres diferente de mí. Sé quién es la rubia que te tiras —le comentó—. Y me parece bien. Yo estoy haciendo lo mismo con su hermana.

Brett apretó los labios con fuerza tratando de contener su rabia.

—Mi relación no tiene nada que ver con lo que tú estás haciendo —no iba a darle explicaciones ni quería hablar de Sharon con él.

—Pues más tonto eres. Fóllatela, la dejas relajada y le abres el ordenador. Puedes conseguir muchísima información.

—¿Qué pretendes? ¿Arruinar nuestra reputación? El último cliente que trataste de robarles les avisó de que habíamos contactado con ellos. Esto correrá como la pólvora en el sector.

Connor le miró contrariado.

—No exageres... A McVee le quedan un par de meses... —titubeó—. Tu rubia no sabrá dirigir la agencia. Es cuestión de tiempo que se queden sin clientes con o sin mi intervención.

Brett lo miraba sorprendido. Ni una pizca de remordimiento hacía presencia en su socio. Él tenía claro que Sharon era más que capaz de dirigir la agencia. Estaba muy preparada para ello y tenía el carisma suficiente para que los empleados siguieran sus órdenes sin necesidad de darlas. Además, el equipo que habían formado estaba más que consolidado y satisfecho.

—¿Y tu integridad?

—Está muy tranquila.

—No esperaba esto de ti —le confesó Brett dolido—. Pueden demandarnos y con toda la

razón.

Connor se levantó molesto apoyando las manos sobre su mesa. Era muy fácil conseguir clientes de esta manera. Nunca había tenido problemas para encontrarlos, pero tenerlos a golpe de un solo click, después de un buen polvo, era una experiencia que le estaba gustando por partida doble.

—Déjame de tonterías. Disfruta con la rubia, quítale esas ideas de la cabeza, y cuando toquen fondo, sus clientes ya serán nuestros.

—No cuentes conmigo para eso, Connor.

—Es tu decisión.

—¿Lo estás diciendo en serio? ¿Eres capaz de tirar por la borda tanto esfuerzo y trabajo realizado? ¿El trabajo de tantos empleados como tenemos?

Brett no se podía creer lo que estaba oyendo. Su rabia aumentaba por momentos. Tantos años de trabajo, de profesionalidad, de atención y servicio impecable a sus clientes en entredicho.

—Yo no lo estoy tirando por la borda. Estoy impulsándolo.

—De manera ilegal, Connor, no me jodas. No es necesario.

—Pero es fácil, tío ¿Por qué no aprovechar la oportunidad?

—Porque no es una oportunidad, Connor —lo cogió por las solapas de su traje y lo echó hacia atrás con rabia por no partirle la cara—. Es una mierda. Es ilegal. Te estás jugando la empresa.

—¿Y qué te hace pensar que McVee me denunciará a mí? Los dos nos estamos tirando a sus hijas —le encaró dándole un empujón hacia atrás.

—No nos compares, Connor. No esperaba esto de ti. Nunca lo hubiera esperado.

Contuvo sus ganas de abalanzarse sobre él. Sabía que Connor era ambicioso. Él mismo también lo era, pero la codicia no iba a formar parte de su vida, y eso lo tenía claro.

—Pues esto es lo que hay —le avisó Connor.

Brett asintió con la cabeza y salió dando un portazo antes de sacar el móvil y salir de la agencia con un cabreo descomunal.

No era de actuar por impulsos, pero si Connor había actuado así una vez, en cualquier otro momento podría volver a hacerlo, y no quería tener que estar pendiente de ello. Esperaba que rectificara, que cambiara su comportamiento, pero lo que tenía claro era que, si no podía confiar en él, no podía trabajar con él.

Llamó al abogado con el que solían colaborar. Quería conocer sus derechos a la hora de disolver la compañía. Después de hablar con él durante un largo rato para dejar todo atado y redactar la baja voluntaria de su propia compañía se sentó en uno de los bancos del complejo tratando de serenarse y pensar con la cabeza fría.

Pensó en volver a su agencia y llevarse toda la documentación y los contactos que tenía en su ordenador, pero después recordó que los equipos estaban a nombre de la empresa así que, para evitar complicaciones, prefirió dejarlo todo como estaba.

Se echó hacia atrás en el banco evaluando su situación. Debía empezar de cero de nuevo, suspiró. Era algo que no le asustaba. Calculó que podría tardar seis meses en conseguir una nueva cartera de clientes. Consideró la posibilidad de contactar con algunos de los empleados con los que era más afín, por lo menos para despedirse de ellos, y quizá brindarles la oportunidad de unirse a su nueva empresa, pero para eso, primero debía abrirla, y dejar cerrado todo con Connor.

Suponía que en un par de días le llegaría la notificación de su dimisión y disolución de la sociedad que habían constituido y la consecuente reclamación, justa por supuesto, del capital aportado y los beneficios que le correspondían. Sabía que Connor no tendría problema en pagarle lo que le correspondía porque la empresa iba mejor que bien, de momento. Negó con la cabeza.

Connor iba a hundirse él solito, y esperaba que se diera cuenta antes de que fuera demasiado tarde.

Respiró profundamente varias veces. No tenía miedo por su futuro laboral. Se sentía bien con la decisión tomada, pero le había dejado un sabor de boca horrible. Y aún le quedaba hablar con Sharon.

Encaminó sus pasos hacia su agencia pensando cómo explicar la situación sin perderla y sin comprometer más de lo estrictamente necesario a Connor. Él solito debería dar cuenta de sus actos.



—El señor Harper quiere hablar con ustedes —avisó Hillary a Duncan por el altavoz teléfono.

Sharon levantó la cabeza de la documentación que estaba mirando junto a la ventana cuando oyó la voz de Hillary.

Duncan miró a su hija extrañado. Sharon asintió seria. Parecía que Brett se había tomado en serio su enfado y había conseguido que, por lo menos unos de sus jefes, diera la cara.

Duncan le dio permiso. Brett entró decidido.

—Señor McVee —le tendió la mano a Duncan—. Señorita McVee —miró a Sharon a los ojos pidiéndole en silencio que le dejara explicarse.

Estaba dispuesto a lavar su nombre profesionalmente, pero a ella le debía disculpas a un nivel más personal.

Sharon le miró con la boca abierta. ¿Brett Harper? ¿Harper?

—¿Qué hace aquí, Harper? —le preguntó Duncan muy serio sin levantarse de la silla ni ofrecerle sentarse.

—Vengo a presentarles disculpas por lo ocurrido, por lo menos en mi nombre —les dijo sincero manteniendo las distancias—. No les garantizo que no vuelva a ocurrir. Connor Reaves sigue al frente de la agencia, pero por mi parte no tendrán ningún problema al respecto.

—¿Entiendo por sus palabras que ha dejado la empresa? —le preguntó Duncan entrecerrando los ojos tratando de captar la sinceridad del hombre joven que tenía delante.

—Sí, señor —le confirmó—. No estoy dispuesto a consentir que se asocie mi apellido con nada que haga dudar de mi integridad. Vuelvo a ofrecerles mis disculpas.

Miró a Sharon suplicante. No quería perderla. Sharon solo asintió una vez con la cabeza en señal de aceptación. Estaba tremendamente confusa. Furiosa, sorprendida, enamorada.... Todo a la vez.

Duncan miró a su hija extrañado de que no participara en la conversación y volvió a mirar al joven que tenía frente a él. Parecía sincero y venir a disculparse lo honraba. Ese muchacho siempre le había parecido inteligente cuando habían coincidido en algún evento. Por lo que acababa de presenciar, también era íntegro.

—Aceptamos sus disculpas y agradecemos su explicación, Harper.

Él asintió volviendo a mirar a Duncan.

—Gracias, señor McVee.

—La próxima vez tenga más cuidado a la hora de escoger a sus socios.

Brett asintió.

—Me gustaría decirle que no habrá próxima vez, pero soy un hombre de equipo. No me gusta trabajar solo —reconoció—, así que supongo que en unos meses volveré a posicionarme como su competencia, con todo el respeto, señor.

Duncan asintió levantándose y tendiéndole la mano.

—Hay sitio para todos —le dijo mientras se saludaban.

—Totalmente de acuerdo, señor —le respondió volviendo a mirar a Sharon que no se había movido de la ventana—. Señorita.

Sharon dio un paso hacia él.

—¿Quién les pasa información?

Harper la miró con los labios apretados. No iba a acusar a su hermana y menos delante de su padre.

—Connor tiene sus tácticas. Quién está filtrando la información no sabe que lo hace. Extremen sus precauciones. No puedo decir más.

Sentía que estaban solos en la habitación. Que nada ni nadie les rodeaba. Esperaba no haber perdido a Sharon, pero en ese momento era él quien quería alejarse frustrado, avergonzado y todavía con muchísima rabia acumulada que solo unas horas de ejercicio intenso podrían diluir.

—¿No puedes o no quieres?

—En este momento, las dos cosas.

Sharon asintió totalmente confundida. Brett salió de la oficina sintiendo como uno de los nudos que sentía que tenía en el estómago se deshacía.

Se sentía bien con él mismo. Sabía que había hecho lo que tenía que hacer. Pero en ese momento solo necesitaba soledad y una buena sesión en el gimnasio.

Cuando estuviera más calmado hablaría con Sharon. Sabía que tenía buen carácter y que pocas veces se enfadaba, así que confiaba en esos detalles para poder disculparse y darle las explicaciones que ella quisiera oír.

Decidió ir a su casa, cambiar su traje por la ropa deportiva y salir a correr antes de ir al centro deportivo. Quería empezar a mitigar su enfado y a aclarar las ideas cuanto antes.

—¿Qué ha pasado aquí? —le preguntó Duncan sorprendido a su hija cuando se quedaron a solas.

—Br... Harper ha venido a disculparse —le respondió extrañada sentándose frente a él totalmente confundida.

Duncan miró a su hija detenidamente.

—Que haya dejado su propia empresa por lo que está ocurriendo o iba a ocurrir, le honra —reconoció Duncan.

Sharon asintió mirando a su padre.

—¿Os conocíais? —le preguntó directo.

—Pero no sabía quién era —se defendió Sharon sonrojándose como una quinceañera a la que su padre descubre con su primer novio.

—¿Ha tratado de sacarte información?

—Nunca hablamos de trabajo.

Duncan se echó hacia atrás gratamente sorprendido.

—O sea que lo has visto más de una vez.

Sharon se sonrojó todavía más si era posible y asintió.

—No sabía quién era. Hasta esta mañana que lo he visto en Harper&Reaves no sabía que trabajaba allí. Creí que era un empleado.

Duncan asintió.

—¿Qué hacemos?

—Convocar una reunión —decidió Sharon—. Hagámoslo por departamentos, en pequeños grupos, así será más sencillo y el calado será más hondo. Que Hillary los convoque y los haga pasar con intervalos de media hora entre cada departamento. No hay mucho que decirles, mensaje claro y directo. Ha habido alguna filtración sabemos que no intencionada, con Reaves, que presten atención en sus encuentros.

Sharon pensó en el baloncesto de los jueves, no daba tiempo apenas a intercambiar saludos como para intercambiar datos o hablar sobre ellos, aunque fuera accidentalmente.

También la cafetería era un lugar apropiado para relacionarse con empleados de otras compañías. Sería un compromiso personal el que tenía que pedirles, pero confiaba en que todos respondieran.



Sharon llevaba tres días sin saber de Brett. Él no le había enviado ningún mensaje ni había acudido a las nueve a la cafetería. Lo cierto era que lo echaba en falta. Por una parte, comprendía que quisiera lamerse las heridas en solitario. A fin de cuentas, había tenido que abandonar la empresa que él mismo había fundado, y eso no debía ser plato de gusto para nadie.

Pero, por otra parte, hubiera sido justo darle una explicación a ella. Aunque también debía reconocer que el tiempo que le estaba dando le había venido bien para ordenar sus ideas con respecto a él.

Entró en la oficina cuando Duncan colgaba el teléfono con el ceño fruncido.

—¿Qué ha ocurrido?

—La cuenta de Larson Style —le explicó serio—. Reaves les propuso no solo una nueva campaña sino una mejora en el precio. No han aceptado, por supuesto, pero nos han avisado. Ese chico está cavando su propia tumba.

Sharon asintió entrecerrando los ojos.

—Pues iremos a llevarle flores a su funeral. Ahora vengo —le dijo volviendo a salir por la puerta—. Hillary, ¿dónde puedo comprar ahora mismo un ramo de flores?

Hillary miró sorprendida a Sharon y asintió.

—Las tendrás en tu oficina en cinco minutos —le dijo marcando un número de teléfono.

—Mejor en la puerta de *Harper&Reaves*. Lo espero allí.

Salió directa y decidida hacia sus oficinas. Tenía ganas de encararlo, aunque aún no sabía qué le iba a decir. Llegó a la vez que un repartidor vestido de gris y amarillo que llevaba un vistoso

ramo de flores.

—Es para mí. McVee —le informó cogiéndolo—. Le han hecho transferencia ¿verdad? —se aseguró.

Cuando el repartidor asintió con una sonrisa, se dirigió a las oficinas de la quinta planta.

Se sentía fuerte, segura y no tan furiosa como la vez anterior que las había visitado.

—Quiero entregarle personalmente estas flores al señor Reaves —le dijo a la joven que había en la recepción de la entrada y que la vez anterior ni había visto.

La mujer rubia de pelo rizado y ojos expresivos asintió señalándole la puerta del final del pasillo.

—Pone su nombre en la puerta, todo recto —le sonrió pensando en que era una cita romántica.

Sharon entró conforme llamaba a la puerta.

Connor estaba mirando su ordenador con el ceño fruncido. Estaba leyendo por tercera vez el documento que le había enviado el abogado con la renuncia de su socio. No esperaba esa respuesta tan rotunda por su parte y no estaba muy seguro de cómo responder ante ella. Se sorprendió al ver entrar a la bonita rubia con las flores hasta que la reconoció.

—¿Señor Reaves?

—Puedes llamarme Connor —se echó hacia atrás mirándola de arriba abajo sin disimulo—. ¿En qué puedo ayudarte, McVee?

—Veo que me conoces, así que sobran las presentaciones —le dijo ella ofreciéndole las flores.

Connor se incorporó en su silla extrañado y las cogió receloso mientras se ponía de pie. Enarcó una ceja esperando la explicación.

—Como te estás cavando tu propia tumba, pensé en traerte flores, porque, sinceramente, no creo que recibas muchas más.

Connor se sonrojó mientras la rabia se reflejaba en la cara. No entendía cómo las diferentes cuentas de McVee a las que había enviado sus propuestas no solo se habían negado a trabajar con él, sino que, además le habían ido con el cuento a ellos.

—¿Y solo por eso has venido? No tenías por qué haberte molestado —le replicó visiblemente enfadado—. Por cierto, ¿acaso crees que esto lo estoy haciendo solo?

Sharon, que ya se dirigía hacia la puerta, lo miró.

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué crees que Brett se acostaba contigo?

Sharon le sonrió mirándose a sí misma de abajo a arriba, orgullosa de su cuerpo, y lo miró a él dando por contestada la pregunta. No era momento de dudar sobre sus curvas o sobre su cara redonda. Sabía que a Brett le parecía atractiva igual que sabía que nunca habían hablado de trabajo, por lo que no tenía ninguna duda de que Brett no tenía nada que ver.

Connor asintió.

—Yo puedo hacerte disfrutar mucho más —le aseguró engreído sin saber cómo digerir su rabia.

—Lo dudo —negó ella.

—Tu hermana puede confirmártelo.

Sharon no supo reaccionar.

—¿Quién te crees que le dibuja la sonrisa cada mañana? —le preguntó saliendo de detrás de su mesa y acercándose a ella—. Yo también podría hacer que vinieras a trabajar mucho más relajada... y con que una de las dos me pasara la información que quiero, no necesitaría más.

Sharon levantó la cabeza altiva, tratando de ocultar su repulsión.

—No sé si es que no sabes lo que estás haciendo con tu empresa o con mi hermana —le contestó seria—. De cualquier manera, todo tiene sus consecuencias, Connor, y vas a empezar a sufrirlas en breve.

—¿Es una amenaza?

—No... —le sonrió irónica—. Es una garantía.

Sharon salió segura de sí misma y muy confundida con respecto a su hermana. No sabía nada de ella desde hacía tiempo y no se podía creer que le estuviera pasando información de la empresa a su principal competencia. Tampoco podía decírselo a su padre sin estar segura.

Llamó a su hermana dudando de que fuera a cogerlo. Quizá por curiosidad podría hacerlo, pero no lo hizo. ¿Cómo podría ponerla sobre aviso de que Connor Reaves estaba consiguiendo información a través de ella?

—¿Todo bien? —le preguntó Duncan al verla entrar distraída.

—Sí... he pensado en mandar un comunicado por email a todos los empleados —así tenía más posibilidades de que Tess descubriera lo que estaba pasando y tomara medidas al respecto—. He pensado que no nos cuesta nada y podría servirnos quizá como argumento si decidimos interponer alguna denuncia o reclamación.

—Bueno, está bien pensado —asintió.

—¿Has hablado con mamá de esto? —Tess hablaba con su madre así que también podría enterarse por medio de ella.

—No. No suelo llevarme el trabajo a casa, ya lo sabes —le sonrió.

Sharon asintió mientras se sentaba frente al ordenador para redactar el comunicado. Andes de empezar miró el móvil. No tenía ningún mensaje de Brett, ni ninguna llamada... Después de enviar el email a todos los departamentos y serenarse un poco, decidió dar el primer paso.

«¿Cómo estás?»

Suponía que no lo estaría pasando bien. Miró el reloj. En breve serían las nueve. No esperaba verlo en la cafetería, pero no perdía la esperanza así que decidió parar a tomar un café, a ver si había suerte.

Disimuló su decepción mientras volvía a su oficina y miraba el móvil por enésima vez. Esta vez tenía un whatsapp y lo miró esperanzada

«Podría estar mejor.»

«¿Sueles cenar?»

Recordó su primer whatsapp con una sonrisa que hizo sonreír también a Brett.

«Lo cierto es que no tengo muchas ganas de salir a cenar.»

Era sincero. Estaba comenzando a organizar las ideas para su próxima empresa. Había empezado con el plan de negocio y no podía dejar de dar vueltas a la traición de Connor y a la posibilidad de perderla o no poder retenerla a su lado. Ahora no tenía nada que ofrecerle... Solo ¿El proyecto que estaba comenzando?

«A mí tampoco me apetece, así que si quieres llevo a tu casa comida china o una pizza.»

Brett se sintió aliviado. No parecía que la hubiera perdido, y realmente quería y necesitaba verla.

«¿Pizza vegetal?»

Sharon sonrió contenta. Tenía ganas de verlo, de abrazarlo. No le importaba que no le hubiera dicho su apellido. Le había transmitido integridad y confianza desde el principio. Se merecía la oportunidad de darle una explicación.

«Hecho. Me paso a las 19h».

Sharon se quedó con ganas de darle las gracias. Gracias por no rendirse, por no dejarla. Ella hacía mucho tiempo que no se sentía tan a gusto con un hombre, y no pensaba abandonarlo cuando consideraba que necesitaba apoyo.



Sharon no había pasado por casa a cambiarse de ropa. Nada más salir había ido a recoger la pizza para llevar que había encargado en su restaurante italiano favorito y había ido a casa de Brett después de haberle pedido la dirección.

Estaba un poco intranquila, pero el que había perdido el trabajo, su propia empresa, era él y consideraba que no debía añadir más leña al fuego. Sobre todo, porque sentía que con ella nunca había demostrado mala intención.

Quizá debería sentirse enfadada por ocultarle su apellido, pero lo cierto era que a ella los enfados no le duraban mucho. Quizá debido a que prefería hablar las cosas a la cara en vez de guardar ningún resentimiento.

Brett le abrió la puerta, descalzo, con unos vaqueros y una camiseta oscura. Sharon le sonrió sincera, aunque no sabía bien cómo comportarse frente a él.

—Supongo que te debo una explicación —le dijo Brett mientras le cogía la pizza de las manos y se retiraba para que pasara.

Cerró la puerta tras ella. Había pasado media tarde recogiendo su apartamento y preparando la mesa de centro con velas incluidas. Sharon se giró y se encogió de hombros.

—Tú dirás —le retó.

—Bueno, no puedo añadir mucho más de lo que os dije en el despacho. ¿Cómo se lo tomó tu padre?

—Como era de esperar... pero hoy le llevé flores a Connor.

—¿Flores?

—Sí. Otro cliente nos llamó para comentarnos que había contactado con él. Mi padre dijo que estaba cavando su tumba, y se me ocurrió ser la primera en llevarle flores.

Brett sonrió divertido.

—¿Qué te dijo?

—Que te acostabas conmigo para sacarme información.

Brett perdió el color de su rostro. Dejó la pizza sobre la mesa preparada para dos.

—No le habrás creído.

—Claro que no. Si lo hubiera hecho no estaría aquí. Tú y yo jamás hemos hablado de nuestros trabajos. Supongo que porque tú sabías quién era yo.

Brett asintió comenzando a encender la media docena de velas que había sobre la mesa.

—Me gustaste desde el primer momento en que te vi. Cuando me dijiste tu apellido pensé que debía andar con cuidado para no estropearlo y eso partía de no decirte mi apellido. No quería que me consideraras un rival o que pensaras que estaba contigo por interés.

Sharon asintió.

—Lo hiciste bien —le reconoció.

—No he dejado de pensar en que te había perdido durante estos días.

—Haberme llamado.

—Te parecerá una tontería, pero no quería presentarme frente a ti sin un trabajo o sin un proyecto por lo menos.

Sharon enarcó las cejas sorprendida.

—No estoy contigo por lo que haces o por aquello a lo que te dediques. Estoy contigo por ti, por lo que me haces sentir, porque me gustas mucho...

Brett se le acercó con una media sonrisa cogiéndola por la cintura.

—Y podría ofenderme que pensaras que quiero algo más de ti —continuó Sharon.

—Mi ego ha salido bastante dañado de esta experiencia —le reconoció con un ligero tono de tristeza—. Me ha dado tiempo de pensar en muchas cosas y no todas eran buenas.

—Si quieres pensar en voz alta, aquí me tienes —se le ofreció acariciando su pecho mientras él la abrazaba más fuerte por la cintura.

Brett se lo agradeció en silencio besándola con cariño antes de profundizar en un largo beso en el que quería perderse. Sharon sintió su pesar, su tristeza, su frustración y se apretó más contra él.

Ella sabía lo que era empezar de nuevo. Había empezado muchas veces, pero afortunadamente siempre había tenido el sólido respaldo económico y personal de sus padres. No se podía imaginar empezando sola, de cero, sin nada. Reconoció que debía ser muy valiente para eso.

Brett no podía ni quería separarse de ella. No en ese momento. El beso se tornó hambriento, primitivo, salvaje. Tuvo que retirarse para no acabar lo que había empezado, pero no la soltó de la cintura.

—Creo que será mejor que cenemos —le dijo mirándola a los ojos mientras le soltaba las dos horquillas que le sujetaban la bonita melena

—Sería una pena no aprovechar la mesa que has preparado —asintió ella desabrochándole juguetona el pantalón.

Brett la miró visiblemente excitado. Empezó a desabrocharle la camisa muy despacio.

—Supongo que tenemos mucho de qué hablar y no deberíamos distraernos.

—O podemos distraernos ahora y hablar después —le incitó ella levantándole la camiseta para que él acabara quitandosela y mostrándole sus marcados abdominales.

—Sí, creo que sería lo mejor —susurró él antes de volver a invadir su boca con un beso abrasador y apasionado.

Sin soltarla ni dejar de besarla la llevó hasta el dormitorio donde acabó de desnudarla con rapidez. Él se quitó la ropa con prisa entre besos y caricias. Solo quería saborearla, sentirla, hundirse en ella y hacerla suya una y otra vez.

Sharon sintió que tocaba el cielo con las manos, que subía y subía, cada vez más alto y se dejaba caer. Salvaje, apasionado, intenso. Muy intenso.

Saciada, le sonrió cuando él se tumbó a su lado para dejarla respirar.

—¿Has hablado con tu hermana? —le preguntó poco después.

—¿También sabes eso?

—Me dijo que aprovechaba a que tu hermana se durmiera para meterse en su ordenador.

Sharon se incorporó molesta.

—A mí me dijo que era ella la que le daba la información —volvió a tumbarse a su lado—. Gracias por no decirlo delante de mi padre.

—No creo que sea agradable para ningún padre saber lo que hacen sus hijas.

—Pues sí. Las dos hijas se acuestan con los dos socios de la competencia... las dos sin saber quiénes son ellos realmente —comentó—. Parece el argumento de una telenovela.

—No me compares con Connor —le pidió él con una mueca.

—No pretendía hacerlo.

—Lo sé... Vayamos a cenar —sugirió él levantándose para ponerse el pantalón de cuadros rojos del pijama.

Le acercó a ella la parte superior del mismo pijama, una camiseta blanca que le venía grande.

Sharon se la puso ante su atenta mirada. Brett la miraba sonriendo.

—Eres preciosa —le dijo con los ojos brillantes—. No sé si podré contener mis ganas de besarte durante mucho tiempo.

Sharon le devolvió la sonrisa echándose a sus brazos.

—La que no sé si podrá contenerse seré yo, así que vayamos a reponer fuerzas.

Brett la siguió, admirando sus piernas bajo la camiseta blanca.

Sharon abrió la pizza y puso una porción en cada plato mientras él servía el vino en las copas.

—¿Qué planes tienes ahora? —le preguntó cambiando de tema.

—Connor ha accedido a pagarme lo que me corresponde. No sé cómo se le ha ocurrido actuar así. Supongo que al acceder al ordenador de tu hermana creyó ver un filón y no tuvo nada más en cuenta, pero siempre ha sido justo y por lo menos no vamos a entrar en conflicto —dio un mordisco a la sabrosa pizza mientras ella escuchaba en silencio.

Sharon asintió atenta esperando que él siguiera hablando.

—Estoy preparando ya un nuevo plan de negocio. No voy a tocar a los clientes que teníamos. Empezaré de cero. Volveré a acudir a eventos, a prepararme una nueva web...

—¿Exactamente tú qué haces? ¿Cuál es tu especialidad?

—Dame una idea y yo te la mejoro, la impulso, la perfecciono. Te doy más de lo que pensabas que podías conseguir. Trabajo... trabajaba con los creativos. Ya sabes. Lluvia de ideas y a partir de ahí, hacia arriba. Connor se encargaba de las relaciones públicas. A mí tampoco se me da mal, pero él era más certero, más agresivo vendiendo u ofreciendo nuestros servicios.

Sharon asintió.

—Yo no soy tan rápida teniendo ideas. Creo que yo soy buena organizando, gestionando...

—Gobernando el barco —acabó él.

—Eso dice mi padre.

—Siempre he admirado a tu padre —le confesó—. Y no te lo digo porque sea tu padre. McVee siempre ha sido un ejemplo de tenacidad y reinención. Mantenerse treinta años en una profesión tan cambiante como es la publicidad es digno de admiración.

—Sí. A mí también me lo parece. Siempre ha sabido rodearse de gente muy buena.

—No quiero que hablemos de trabajo si no quieres, por lo menos de tu trabajo —le comentó terminando su porción de pizza y cogiendo otra después de ponerle una a ella en su plato.

Sharon lo agradeció. Sentía que no tenía nada que temer, pero tampoco tenía mucho que contarle ni quería hacerlo, no porque no confiara sino porque no le apetecía mezclar el trabajo con su vida personal, y separar ambos, era algo que era capaz de hacer muy bien.

—¿Qué te apetece que hagamos este fin de semana? —cambió de tema Sharon.

—¿Hacemos otra escapada a las montañas? Tú con tu cámara de fotos, yo con mi grabadora...

—Reservo yo —se pidió Sharon—Tú tienes mucho en lo que pensar.



Al mediodía del viernes, Sharon salió de la oficina, ilusionada por el maravilloso fin de semana que iba a comenzar para ella en un par de horas.

Brett la estaba esperando con el coche aparcado frente a su apartamento con una sonrisa radiante que le contagié nada más verla.

En un momento se cambié de ropa y bajé la maleta dispuesta a pasar un estupendo fin de semana. Aún no habían salido de la ciudad cuando el teléfono de Sharon sonó.

Le sorprendió que su madre la llamara.

—Sharon, ¿qué ha pasado en el trabajo?

—¿A qué te refieres? —le preguntó Sharon extrañada.

Su madre nunca había preguntado por el trabajo a su padre y mucho menos a ella. Brett la miró preocupado.

—Tess está aquí con un ataque de ansiedad por no sé qué email o no sé qué del ordenador.

Sharon suspiró asintiendo. Miró a Brett pidiéndole que diera la vuelta con un gesto con la mano.

—¿Está contigo? Voy hacia allí —colgó suspirando.

—¿Va todo bien? —le preguntó Brett extrañado mientras giraba el coche por un desvío para dar la vuelta.

—Tess está en casa de mi madre. Tengo que ir un momento, si no te importa.

—Claro que no —le aseguró Brett—. Si ha descubierto que Connor la utilizaba no estará contenta precisamente.

Sharon negó con la cabeza. Conociendo el temperamento de su hermana, era difícil predecir lo que podría ocurrir.

—Espero salir pronto —le dijo al llegar frente a la casa de sus padres—. Si veo que se complica te aviso.

Brett asintió.

—No te preocupes —le sonrió—. Llevo la grabadora y tengo una empresa por montar. Puedes tomarte el tiempo que quieras.

Sharon lo besó agradecida antes de salir. Entró en la casa, preocupada. Se encontró a Tess sentada a la mesa de la cocina hablando con su madre. Llevaba el cabello recogido y ropa deportiva, algo que nunca haría en público. Tenía los ojos rojos, suponía que de haber llorado.

Sharon sabía que debía andar con cuidado porque su hermana era bastante impredecible. Besó a su madre en la mejilla y se sirvió un vaso de agua para no interrumpir la conversación entre ellas.

—Crees que la culpable soy yo ¿no? —le preguntó arisca Tess.

—¿De qué? —le preguntó a su vez Sharon poniéndose a la defensiva.

—¿Me vas a decir que no fue idea tuya el email para avisar de la filtración de clientes?

Sharon se encogió de hombros.

—Habíamos tenido reuniones personalmente, pero tú no estabas.

—Ni voy a estar —le confirmó—. No me queréis... pues nada, que te aproveche.

—Nadie ha dicho que no te queremos —le respondió Sharon sin manifestar ninguna emoción.

—Os oí hablar de mí a mis espaldas —le informó Tess visiblemente molesta—. Pero yo no estoy pasando información de ningún tipo, quizá eres tú y me quieres echar la culpa a mí.

Sharon contó hasta diez antes de contestar. Su madre fingía que estaba preparando la cena porque no sabía cómo lidiar con sus hijas cuando empezaban a discutir. Cada una, a su manera tenía razón, y ella no quería posicionarse. A Tess le fallaban las formas y Sharon era más hiriente hablando. Cuando se independizaron pensó que no volvería a oírlas discutir, pero ahí estaban otra vez. Rezaba para que Duncan no volviera a tiempo de escucharlas. Cuando llegaba, Tess solía dirigir su frustración hacia él porque Sharon aprovechaba, inteligentemente, para desaparecer.

—¿Yo? ¿Y por qué voy a pasar yo información?

—Tú sabrás con quien te acuestas.

Su madre se sonrojó y la miró.

—¿Yo? Lo que yo tengo con Brett no tiene nada que ver con lo tuyo con Connor.

—¡Ya estamos como siempre! Mis relaciones son una mierda y tú para una que tienes, le hablas de trabajo.

Sharon tardaba mucho en enfadarse, pero en ese momento sentía como la rabia amenazaba con hacer acto de presencia.

—Brett y yo no hablamos de trabajo —le respondió seria y muy fría.

—¿Y qué te hace pensar que yo sí?

—Sé que tú no hablas de trabajo, pero también sé que cuando te duermes, Connor se mete en tu ordenador. Tienes las claves de la empresa.

Tess se quedó impactada y empezó a dudar.

—Qué fácil es echarme a mí la culpa, como siempre —ya no estaba tan segura.

Había notado cómo Connor se ausentaba de la cama después de acostarse, pero volvía poco después... quizá tenía el tiempo suficiente de robarle información, pero eso no se lo iba a reconocer a su «perfecta» hermana.

Sharon notó cómo su hermana se estaba replanteando la situación y se cuestionaba la posibilidad de que se estuviera aprovechando de ella.

—Pues no pensaba pasar información de la empresa a nadie, pero no me importa que haya pasado —mintió avergonzada.

—Es tu empresa —bramó Duncan entrando en la cocina con su maletín de trabajo aún en la mano—. No puedes ir en contra de ella.

Tess se encogió en su asiento mientras su padre dejaba el maletín ruidosamente sobre la mesa.

—¿Y por qué tienes que pensar que he sido yo? Sharon está liada con Harper desde que llegó.

Duncan miró a Sharon que se había sonrojado al oír la acusación.

—¿Es eso verdad?

—No es lo mismo—se defendió Sharon—. Ha quedado claro que ha sido Reaves el que ha estado utilizándola para llegar a nuestros clientes. Lo sabemos.

—Quizá Harper estaba buscando lo mismo —le acusó Tess—. Y como estás siempre sonriendo ni te enteras.

Sharon no iba a entrar en su juego y se conformó con no responder. Duncan sentía que la ira subía por su cuerpo.

—¿Cuántos años tenéis? ¡Parecéis quinceañeras! Toda una vida trabajando para dejaros la

empresa y y....

Se llevó una mano al pecho buscando angustiado con la mirada a su esposa, que corrió hacia él.

Se desplomó sobre el suelo. Tess, impresionada, se agachó junto a su madre mientras Sharon cogía el teléfono y llamaba a urgencias. Conforme hablaba con ellos se agachó a deshacer el nudo de la corbata. Nada más colgar llamó a Brett que entró corriendo.

Sharon le abrió la puerta mientras su madre y su hermana seguían rodeando a su padre.

Brett se agachó junto a ellas pidiéndoles espacio y tras comprobar el pulso comenzó con la maniobra de reanimación, muy preocupado por el hombre que estaba en el suelo y por las mujeres que le acompañaban.



Tess se sentó frente a su ordenador con una taza de café bien cargado. Aún llevaba el pijama y el pelo recogido en una coleta alta. Las cosas no se iban a quedar así. Connor la había utilizado y no estaba dispuesta a que la tomaran por tonta.

Pensó la de veces que él se habría reído de ella mientras entraba en su ordenador a robarle información de la empresa.

Ahora era el turno de ella. Connor no sabía con quién se había metido. Ella no era tan buena como Sharon y lo sabía. Ella no iba a dejar que el tiempo borrara el recuerdo. Por lo menos, no de momento.

Connor Reaves iba a pagar por haberse aprovechado de ella.

Sonrió.



Sharon estaba en la oficina seria. Tess quería hablar con ella, y aunque intuía que no había cambiado de opinión, no estaba segura de lo que pudiera decirle.

—¿Estás segura de que quieres dejar la empresa? —le preguntó a su hermana cuando se sentó frente a ella.

—Sí —le confirmó—. Sé que Connor me utilizó, pero eso no me consuela. Me da vergüenza.

—No fue culpa tuya.

Tess le hizo una mueca.

—Da igual —se encogió de hombros—. Pagaré por ello. Pero no quiero que los empleados hablen de mí. Si no lo saben ya, pronto se enterarán.

—No creo que hablen de ti y, si lo hacen, es su problema —le respondió Sharon segura—. Sabes que esta es tu empresa. Que la contabilidad...

—Son números, cualquiera puede hacerlo —le aseguró.

—Yo no podría.

—Cualquiera a la que le guste la contabilidad y esconderse tras un ordenador. Tú ya sé que no —añadió seria con una mueca burlona.

Sharon asintió no muy convencida.

—Mi departamento lo lleva todo al día. Entre hoy y mañana terminaré de explicar todo a Roy y no creo que haya ningún problema. Con él al frente todo irá bien.

Sharon asintió.

—Pero vendrás a la fiesta de aniversario.

—¿A tu coronación?

Sharon la miró seria. Su hermana a veces podía ser muy mordaz, y solía serlo en su propia contra.

Tess sabía que su hermana no le contestaría, rara vez respondía a sus provocaciones.

—No lo sé —se respondió ella misma—. Haré algún viaje...

—Puedo recomendarte algún sitio bonito.

—No pienso hacer fotos —le cortó seca.

Todavía estaba dolida por lo que había sucedido. Sabía que su hermana no tenía nada que ver con ello, pero le molestaba reconocer que todo siempre le iba bien. No perdía la sonrisa, el brillo de sus ojos... Siempre tenía cosas que hacer, disfrutaba con todo, y ella no sabía ni por dónde empezar a reorganizar su vida.

Sharon asintió sin saber qué más decirle. Tess se centraba en una cosa e iba a por ella, por eso era tan buena en su trabajo. Ella era más impaciente, más inestable, le gustaba probar cosas nuevas y diferentes... Quizá ahora con la agencia dejara de buscar no sabía qué y se centrara en una sola actividad.

—Bueno, pues ya irás contando —le pidió mientras la veía levantarse.

—No dejes que papá se incorpore pronto al trabajo. Por una vez, párate firme frente a él —le sugirió Tess.

Sharon asintió sabiendo que era imposible frenar a su padre cuando tomaba una decisión. Era igual que Tess. Cuando quisiera volver, volvería. Le dijeran lo que le dijeran su madre o ella.

Sharon se quedó sola en el despacho. Echaba de menos a su padre. Sabía que ella podría dirigir bien la agencia y que era capaz de adaptarse a retos y circunstancias, pero se había acostumbrado a trabajar mano a mano con él, y le gustaba.

Hillary la llamó al teléfono pidiéndole una cita. Sharon la hizo pasar y la vio entrar con más de una docena de carpetas de color amarillo, las que identificaban a posibles futuros clientes.

—Se ha corrido la voz, señorita McVee.

—¿De lo que le ocurrió a mi padre? Pero si sucedió solo hace tres días.

Hillary negó con la cabeza.

—Lo de Connor Reaves —le respondió—. El teléfono no ha parado de sonar. Los emails siguen llegando. Parece ser que sus clientes están contactando con nosotros... uno detrás de otro...

Sharon miró las carpetas sorprendida, mientras oía sonar el teléfono de la mesa de Hillary. Asintió pidiendo que las dejara sobre su escritorio.

—Pero la campaña de navidad está a punto de comenzar... —el ritmo de trabajo iba a

multiplicarse en esos días, sin tener en cuenta a los nuevos clientes que por sí mismos habían conseguido—. De acuerdo, voy a echar un vistazo... Avisa por favor al equipo creativo. Reunión a las once. Hablaré con Muriel por si sabe algo.

Muriel entró poco después de recibir la llamada de Sharon.

—¿Has oído algo de Reaves? —le preguntó mientras la invitaba a sentarse.

Muriel sonrió traviesa.

—La señorita Tess se creó un alter ego bastante divertido en Instagram y empezó una campaña de desprestigio contra él que supongo que le fue imposible de parar.

—¿Tanta repercusión tuvo? —Sharon apenas entraba en las redes sociales—. Son temas de empresa... Instagram es una red más bien social, ¿no?

—Bueno, no solo hablaba de que él la había utilizado, lo que causó que muchas mujeres la apoyaran o le tuvieran simpatía —sonrió—. También hablaba del tamaño de su ego... inversamente proporcional al tamaño de su... —hizo un gesto inequívoco que le hizo pensar en el tamaño de su pene.

—No.

—Sí.

Sharon abrió los ojos como platos. Aunque él hubiera tratado de robarles los clientes ella no hubiera sido capaz de hacerle algo similar. A veces se alegraba del mal genio de su hermana, siempre y cuando no fuera ella el centro de su rabia.

—¿Cómo ha respondido Reaves?

—Supongo que sonaría muy mal si te dijera que «se ha escondido con el rabo entre las piernas» ... pero lo cierto es que nadie sabe nada de él...

—¿Y la empresa?

—Bueno, de momento cada uno sigue con su trabajo... no sé si Harper volverá a coger las riendas.

Sharon lo vio poco probable. Sabía que Connor ya le había transferido el dinero que le correspondía. No podía volver y levantar esa misma empresa después de lo que había ocurrido.

—Coméntame si te enteras de algo nuevo —le pidió.

Cuando se quedó sola frente a las nuevas carpetas negó con la cabeza. Vaya manera de cargarse una empresa. No se puede ir por ahí robando clientes y esperar irte de rositas, pensó.

«¿Sabes lo de Connor?»

Preguntó por whatsapp a Brett. Suponía que, aunque Connor se hubiera portado mal, algo de aprecio por su antiguo socio aún tendría.

«¿Lo que ha ocurrido en Instagram? Sí, acabo de verlo».

«¿Estás bien?»

«Yo sí».

Sharon le envió el emoticono de un beso y se dispuso a examinar las carpetas que le había dejado Hillary para agendarse reuniones con todos esos posibles clientes.



—Papá, vamos a tener que hacer horas extras durante dos semanas por lo menos —le comentó Sharon a su padre cuando fue a visitarlo—. Hemos recibido más de veinte solicitudes de nuevos clientes solo en un día.

Duncan negó con la cabeza.

—Ya te dije que se estaba cavando su propia tumba. Era cuestión de tiempo que corriera la voz sobre su manera de trabajar. No sé qué se le habrá pasado por la cabeza para actuar así. Escucha —le dijo—, muchos de sus empleados se quedarán sin trabajo. ¿Sigues con Harper?

Sharon se sonrojó ligeramente y asintió.

—Habla con él. Pregúntale por su equipo creativo, si merece la pena contratar a alguien, a dos personas. Él los conoce. Y quizá haya que contratar a una persona más en el departamento contable. Mantenlos hasta Navidad, así tendrás tiempo de conocerlos y si el trabajo sigue al mismo ritmo se les puede renovar los contratos. Hay que aprovechar las buenas temporadas.

Sharon asintió.

—¿Te fías de Harper?

—Totalmente —le aseguró.

—Ese chico es bueno en su trabajo, puede venirme bien tenerlo cerca.

—No me voy a aprovechar de la relación. Él está empezando a construir una nueva agencia.

—Eso a la larga os traerá problemas —le aseguró—. No os podéis dedicar a lo mismo y mantener una relación. Tarde o temprano los caminos se cruzarán y uno de los dos tendrá que dejar su propio barco. Déjame a mano su número de teléfono. Quiero hablar con él.

Sharon lo miró extrañada, pero obedeció, apuntándolo en la agenda que solía llevar en el bolso y arrancando la hoja para dejársela sobre la mesilla que había junto a la cama.



Brett llamó a la puerta del apartamento de su exsocio. Connor tardó en abrir, despeinado, con ojeras, sin afeitarse y con un pantalón de chándal.

—¿Qué haces aquí? —se retiró para que pasara.

—¿Y tú? —entró al desordenado apartamento de su amigo.

—Supongo que te has enterado... —le dijo sacando una cerveza de la nevera y tendiéndole otra—. Me equivoqué de hermana...

Harper levantó las cejas, mientras cogía la cerveza, avisándole de que no siguiera por ahí.

—¿Vas en serio con ella?

—Sí.

—Joder... —se sentó en el sofá llevándose una mano a la cabeza—. La he jodido tío. Harper asintió.

—No sé qué pasó... esa zorra me la ha jugado, pero bien...

—Esto lo empezaste tú —le recordó—. La utilizaste.

Connor lo miró molesto.

—¿Tú has visto lo que me ha hecho? Nadie... No pensé...

—Exacto. No pensaste —le confirmó—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—¿A qué te refieres?

—Estás sin clientes, tío.

—Tú tampoco estás mejor.

—Pero yo ya estoy empezando de nuevo.

—¿A qué has venido?

—Nos conocemos desde hace años. Hemos compartido mucho juntos —fallecimiento de padres, escasez económica, ilusiones, proyectos, éxitos, pensó—. Me jode verte así. Me jode mucho lo que has hecho. Me jode que esto acabe así.

—Que te jodan, Brett —le respondió molesto—. Esto no tenía por qué haber acabado. No era más que un polvo. Luego pude acceder a su ordenador, que lo hubiera apagado la muy idiota. La zorra esa me ha arruinado la vida.

—Te la has arruinado tú solo. Le robaste información confidencial... Te podían haber denunciado.

Connor lo miró serio.

—¿Has oído algo? ¿McVee va a denunciarme?

—No sé nada —le respondió sincero.

—Me da igual. Ya veré qué hago.

Brett se levantó del sofá dejando la lata de cerveza sobre la mesa. Su exsocio aún necesitaba más tiempo para reponerse. Sentía que no le conocía, que no era el amigo con el que una vez había compartido sueños.

—Te deseo lo mejor, Connor —le dijo mientras se acercaba a la puerta.

—Gracias —le respondió sincero desde el sofá, todavía confuso por todo lo que le estaba sucediendo.

Brett salió sin mirar atrás. Sentía que había cerrado con llave una relación y una puerta que no pensaba volver a abrir.



Brett acudió al hospital tras aceptar la invitación de McVee. Le había sorprendido la llamada, pero suponía que querría agradecerle el haber estado allí cuando su ataque al corazón. Claro, que para eso no hacía falta citarlo.

De todas maneras, debía estar descansando y no concertando citas... Aunque conocida su capacidad de trabajo, no le extrañó que, aún convaleciente, siguiera atento al móvil.

—No estaba seguro de sus gustos, pero le traje la revista de este mes de Nuevos Emprendedores —le comentó en cuanto él le permitió pasar a la habitación después de llamar a la puerta.

Se la dejó sobre la pequeña mesilla junto a la cama antes de retroceder sobre sus pasos para mantener una distancia prudente. No lo conocía tanto como para acercarse a la cama. Tenía mejor cara de lo que esperaba. Pese a su vulnerabilidad en ese estado seguía admirando personalmente a ese hombre.

Duncan asintió con la cabeza en señal de agradecimiento.

—Sé que estuviste en casa cuando ocurrió esto.

Brett asintió serio.

—Gracias.

—No fue nada.

—Los médicos opinan que sí.

Brett se encogió de hombros.

—Cualquiera lo hubiera hecho.

Duncan asintió ante el joven que le recordaba a él hacía mucho tiempo.

—No voy a preguntarte por la relación con mi hija —le explicó—. Sharon sabe bien lo que hace. Siempre ha sido muy selectiva con sus relaciones.

Brett asintió. Él tampoco estaba dispuesto a hablar de Sharon con su padre, y menos en esas circunstancias.

—Parece ser que tu socio hundió la empresa.

—Exsocio —matizó Brett.

Duncan asintió.

—No sé si lo sabes. La mayoría de vuestros antiguos clientes nos han elegido a nosotros para continuar trabajando.

Brett negó con la cabeza con una sensación agri dulce. Por una parte, se alegraba por Sharon. Por otra parte, sentía que él no había sido lo suficientemente rápido para lanzar su empresa y poder ofrecer soluciones a los clientes que una vez ya habían confiado en ellos. Aún tendría que empezar más de cero todavía.

—El trabajo se nos ha multiplicado y yo no voy a poder ayudar a Sharon en una temporada. Cuando salga de aquí tendré que cuidarme más y todo eso —hizo una mueca—. De todas formas, había pensado en jubilarme. Sé que eres bueno en tu trabajo.

Brett asintió sin pudor. Era bueno y lo sabía.

—Os seguía de cerca. Cuando diriges una empresa has de conocer a tu competencia. Sé que tú eras el cerebro y que Reaves era el charlatán. No te ofendas, supiste encontrar un buen socio... pero se metió con quien no debía. No hay que subestimar el poder de una mujer.

Brett asintió.

—Como padre, me importa mi hija. Como empresario me importa la empresa, y aunque no estoy muy a favor de mezclar ambas cosas, sé que mi hija puede hacerlo.

Brett volvió a asentir sin comprender muy bien por qué estaban hablando.

—Sé que estás empezando de cero, y te honra esa capacidad de reacción, así como la integridad que manifestaste cuando viniste a la oficina a disculparte aun jugándote la relación con Sharon. Tengo que hablar con ella, pero primero quería hablar contigo.

Brett escuchaba atento y respetuoso.

—Quiero que trabajes para nosotros. No lo tomes como un paso atrás, por favor. Sé que cuando uno es su propio jefe cuesta volver a trabajar para alguien, pero quiero que estés al frente del equipo de creativos. Ahora hay mucho trabajo. Quiero que la empresa siga creciendo con paso firme y sólido y, para eso, hay que apuntalar las bases cada cierto tiempo para que resistan ese crecimiento. Creo que tú puedes formar parte de esa base. Tienes la suficiente experiencia y conocimiento, y tus principios sé que son firmes, si no, mi hija no estaría contigo.

Brett le miró sorprendido. No esperaba la oferta de trabajo ni la opinión que tenía McVee sobre él.

—Tendría que pensarlo —le respondió sincero.

No se había planteado trabajar para otra empresa. Su única opción, o por lo menos, la única que se había planteado siempre era montar su propia empresa, ser su propio jefe, asumir sus propios retos y responsabilidades.

—Tómame tu tiempo y envíame tus condiciones —le pidió—. Todo puede hablarse. Aún no lo he comentado con Sharon. Si lo vuestro sigue adelante sabes que la empresa también será tuya, pero si lo que quieres es que tu apellido figure junto a McVee, quizá pueda arreglarse en un tiempo, si todo va bien.

Brett asintió. Su apellido junto al de McVee en el mundo de la publicidad era algo que nunca se había podido imaginar, por lo que no lo necesitaba especialmente ni con urgencia. El que McVee estuviera dispuesto a ello ya significaba mucho para él.

Agnes entró a la habitación de su marido y se sorprendió al verlo hablando con el joven que las había acompañado, atento y amable, en el hospital todo el fin de semana. Lo que no sabía era qué estaba haciendo allí. Miró a su marido fingiendo enfado.

—¿Has llamado tú al chico? No será por trabajo, ¿verdad?

Saludó afectuosa a Brett antes de acercarse a su marido y besarlo con suavidad mientras le ahuecaba la almohada.

—Teníamos que hablar —se justificó Duncan pareciendo más débil que minutos antes—. Pero ya se iba. Tiene mucho que pensar.

Brett asintió con una media sonrisa.

—Sí. Señora McVee, señor McVee, espero que se recupere pronto.

Salió de la habitación con una mezcla de confusión, de sorpresa y de alegría. Podría considerar que ya tenía trabajo, algo que suponía que nunca le iba a faltar, pero además podría significar ser socio de McVee en un futuro. Quería contárselo a Sharon, pero suponía que McVee querría hablar primero con ella. Le daría de plazo un día mientras él pensaba las condiciones con las que quería entrar a la empresa.



—Trae aquí las nuevas campañas si quieres y les echamos un vistazo —le sugirió Duncan al

ver entrar a la habitación a Sharon a media tarde.

—Hola, papá... Parecía que me esperabas... Cuando te den el alta te las llevaré a casa, pero hasta entonces, nada —le sonrió ella abrazándole—. Tenemos unos cuantos clientes más. Hoy he tenido siete reuniones y mañana pasaré la mañana reunida con el equipo creativo para empezar con las nuevas campañas. Brett me dio dos nombres de creativos y uno de contabilidad. He quedado con ellos mañana a primera hora.

—Parece que estás disfrutando —le comentó el padre al verla sonreír.

—Sí, la verdad es que sí —le confesó ella sincera.

—¿Has hablado con Brett?

—Sí, ya te he dicho que me dio las referencias de sus antiguos empleados.

—¿No te ha dicho nada más?

—No. ¿Me tenía que decir algo?

—Tú no lo conoces trabajando, pero es bueno.

Sharon se encogió de hombros.

—Hablé con él ayer. ¿No te ha dicho nada?

—No. ¿Qué me tiene que decir?

—Le propuse trabajar en la agencia.

—¿Trabajar para nosotros? —le preguntó extrañada.

—No. Con nosotros —le explicó—. Ya te había dicho que era bueno. Es rápido, inteligente... Pensará sus condiciones. Prefiero tenerlo cerca a tenerlo en la competencia, la verdad. Y como ahora hay tanto trabajo puedes delegarle las reuniones con el equipo creativo y tú seguir en la gestión.

Sharon asintió un poco molesta.

—¿Ya tienes la decisión tomada?

—No pensé que te importara.

—No me importa que lo hayas elegido a él, pero esperaba que las decisiones que tomaras a partir de ahora las comentaras conmigo antes.

—Quería hablar primero con él. Si en la conversación me hubieran quedado dudas acerca de su integridad o su profesionalidad, no le hubiera dicho nada. Le he propuesto trabajar juntos y si todo va bien, asociarnos legalmente.

—¿Socios?

Sharon se sorprendió. Su padre había levantado la empresa solo. Nunca se había planteado tener socios. Hasta le costaba pedir ayuda si lo necesitaba. ¿Acaso no confiaba en ella?

—¿Qué estás pensando?

—Nada.

—No sabes mentir. Se te nota en la cara.

Sharon hizo una mueca. Siempre le decían lo mismo.

—¿No confías en mí? Nunca has querido un socio, y ahora que voy a dirigir yo la agencia, ¿Yo sí que lo voy a necesitar?

—Llevar una empresa no es fácil, Sharon. Aunque sepas hacerlo, aunque estés preparada. La teoría es una cosa, la realidad es otra. Siempre viene bien tener alguien con quien pensar en voz alta, que te apoye, que te dé otro punto de vista. Yo tenía a tu madre. No contar con nadie es muy duro, te lo garantizo. Tu hermana se ha ido de la ecuación, aunque a efectos legales conste en la documentación. Si sigues con Brett y él se monta su propia empresa, no podrías pensar en voz alta con él...

—¿Y si lo dejamos?

—Si lo dejas a nivel personal él seguirá a tu lado en la agencia. Los dos sois muy inteligentes como para que un aspecto no interfiera en el otro.

—No sé qué decirte. No me lo esperaba.

—Aunque ahora no lo entiendas, con el tiempo me lo agradecerás. Sois compatibles, complementarios. No vais a tener las mismas funciones, esa es una de las claves a la hora de tener un socio. También la integridad y la responsabilidad y él las cumple, igual que tú. De todas maneras, la vida es muy larga. Los abogados redactarán nuevos documentos, de manera que no pierdas nada de lo que ya hemos conseguido. No es que no me fie de ti, Sharon, es que no quiero que pases por lo que yo he pasado.

—Pero, papá, a ti te ha ido bien.

—Ha habido de todo, Sharon, como te pasará a ti.

Poco después, Sharon salía del hospital pensativa. Tenía un par de llamadas perdidas de Brett. No estaba segura de querer hablar con él. Seguía dándole vueltas a la conversación con su padre.

Fue a casa de sus padres a hablar con su madre. Siempre se podía desahogar con ella si Tess no estaba cerca.

—¿Te comentó papá la idea de asociarse con Brett Harper? —le preguntó directa.

—No, pero lo supuse porque ayer lo citó en el hospital.

—Y ¿qué opinas?

Se encogió de hombros.

—A ver, Sharon... no tienes experiencia llevando una empresa, aunque se te dé bien... Siempre te han gustado las cosas nuevas, para ti es un reto, pero cuando se acabe la novedad ¿te seguirá gustando?

—¿Y por qué no? Alguna vez tendré que sentar la cabeza, ¿no?

—Tú siempre la has tenido sentada, hicieras lo que hicieras. No dudamos de que lo vas a hacer bien, pero cuando nosotros no estemos necesitarás a alguien con quien pensar.

—No digas eso.

—Que Brett sea tu pareja solo te facilitará las cosas. Podréis hablar de todo y podréis apoyaros.

—Los dos dais por hecho que mi relación va a ir bien. No llevamos tanto tiempo juntos.

—¿Con cuántos hombres te has relacionado a lo largo de tu vida?

—¿Eso a qué viene? —le preguntó extrañada.

—A que eres muy sensata en todo lo que haces, aunque a veces no lo parezca porque te gusta probar nuevas experiencias, Sharon. No te habrías decidido a empezar una relación con él si no supieras que va a ser para siempre o por lo menos para mucho tiempo ¿Has hablado con Brett?

—No, todavía no. No sé qué voy a decirle.

—Bueno, pues deja que hable él. La vida es muy larga y habrá momentos para todo.

—Papá dijo lo mismo.

—Tu padre sabe de lo que habla.

Sharon asintió no muy convencida.

—Cariño, esto no tiene nada que ver con machismo ni falta de confianza. Una mujer puede dirigir una empresa tan bien como un hombre, y seguro que hay formaciones o cursos que, de no saber, pueden enseñarte. Pero tener apoyos es importante, a nivel personal y a nivel profesional. Tu padre pretende darte ese apoyo a nivel profesional con Brett. No le hubiera elegido de no ser el mejor, al margen de que tengas una relación personal con él. Ha dado la casualidad de que es tu

pareja, simplemente eso.

Sharon volvió a asentir.

—Supongo que debo hablar con él.

—¿Es que no pensabas hacerlo?

Sharon sonrió.

—Sí, claro... Solo necesitaba pensar un poco en voz alta, como dice papá.

—¿Ves como es necesario?

Sharon le dio un fuerte abrazo a su madre antes de salir de casa y sacar el teléfono del bolso.



Sharon acudió al restaurante del hotel en el que Brett se había empeñado en quedar. Ella hubiera preferido cenar en casa, pero Brett había insistido en lo contrario.

Se sorprendió cuando en lugar de encontrar velas como esperaba, se encontró un salón bastante iluminado y lleno de ejecutivos trajeados.

La llevaron a una mesa para dos desde donde podía observar a otros comensales hablando, algunos compartiendo tablets, otros examinando documentación... El ambiente era animado y distendido. Apenas había mujeres. Solo algunas integradas en los grupos más grandes.

—Gracias por haberme esperado —le dijo Brett nada más llegar, antes de tomar asiento frente a ella.

—He llegado pronto —le sonrió extrañada porque no le hubiera dado un beso a modo de saludo.

—¿Conocías este sitio?

—No —admitió encogiéndose de hombros.

—Personalmente me hubiera gustado llevarte a uno más íntimo —le sonrió—, pero profesionalmente este es el mejor. Sé que has hablado con tu padre.

Sharon asintió apretando los labios. Aún estaba tratando de digerir esa última decisión de implicar a Brett en esta nueva etapa de la empresa, justo cuando ella quedaba al mando.

—Supongo que te habrá sorprendido.

Sharon volvió a asentir mientras el camarero aprovechaba para darles la carta.

—A mí también —le comentó sincero, ojeando la carta—. ¿Qué te apetece? ¿Lubina y una ensalada de centro?

—¿Pescado?

—Es para cenar... no creo que después necesites quemar muchas calorías —le miró con una media sonrisa—, o bueno, quizá sí...

Sharon lo miró a los ojos sonriendo.

—Bueno... algo de pescado... pero pienso comer postre, aunque no sea tan sano como a ti te gustaría.

Brett asintió sonriendo.

—Te acostumbrarás a comer sano.

—Ya veremos... Me gusta demasiado el chocolate —le devolvió la carta al camarero—. Yo tomaré salmón, gracias.

Brett la miró más serio volviendo a su aspecto profesional.

—Estabas a punto de contarme por qué te había sorprendido la idea de tu padre.

Sharon sonrió. Era capaz de reconocer cuando alguien trataba de manipularla, aunque fuera con buena intención o muy sutil.

—Empieza tú, por favor —le pidió ella pestañeando.

Brett sonrió sabiendo que ella estaba adivinando sus intenciones.

—Sabes de neuromarketing ¿no?

—Sí —le dijo con una sonrisa—. Me he dado cuenta de tus intenciones desde que me has dado las gracias por esperarte y no me has ofrecido una disculpa por llegar tarde, cuando ni siquiera era la hora a la que habíamos quedado.

Brett asintió levantando las manos en señal de rendición.

—Está bien —reconoció su derrota—. Empezaré de nuevo. Pero es la primera vez que hablo con una posible socia y supongo que no podré evitar utilizar todas las herramientas que tengo para convencerte.

—¿De qué?

—De que yo no lo esperaba, de que sé que para mí es un regalo, no te lo voy a negar, de que realmente podemos hacer algo grande y muy bueno juntos.

Sharon asintió. Realmente, al margen de la opinión de su padre, ella pensaba lo mismo.

—No sé si es un regalo... El ser socio realmente te lo vas a tener que ganar.

—Soy muy bueno en mi trabajo. Sé que lo voy a hacer mejor que bien, y tu padre me está dando la oportunidad de demostrarlo dándome todos los ingredientes, el equipo, los clientes... —reconoció—. Una oportunidad así no se presenta más que una vez en la vida, y créeme si te digo que la voy a aprovechar.

—Pero será la empresa la que obtenga el beneficio, no tú. Tú tendrás un buen sueldo y nada más —le señaló seria.

Brett negó con la cabeza.

—No aspiro a quedarme con la empresa. Es tuya y de tu hermana. Sé que habrá buenos beneficios, lo tengo claro. Sé que tendré un buen sueldo, que irá aumentando, ya te aviso, conforme los beneficios también lo hagan... Me he ganado mi reputación por mí mismo, no me importa que la empresa lleve o no mi apellido.

Sharon lo miró extrañada.

—¿Qué te importa entonces?

Brett lo tenía muy claro desde hacía muchísimo tiempo.

—Me importa mi trabajo—le dijo con seguridad—. Por supuesto que quiero ganar dinero, pero lo quiero para poder disfrutar, para poder diversificar ingresos, para poder invertir en algo que también pueda interesarme, para poder viajar... Para mí el dinero no es un fin, es un medio. Un medio para mantener la empresa, para colaborar con la comunidad, para llegar más lejos, para disfrutar...

—Doy por hecho que ya has pensado en aceptar la propuesta de mi padre —supuso satisfecha con todo lo que él le había dicho.

—Decir que no a McVee, aunque no fuera tu padre, es algo que nadie en el sector haría. Tu padre me ofreció liderar el equipo creativo. Aunque me hubiera ofrecido distribuir el correo o

atender la recepción, que no tiene nada que ver con lo que yo hago, le hubiera dicho que sí.

—Admiras a mi padre —reconoció Sharon visiblemente orgullosa.

—No lo conozco a nivel personal —le contestó él—. No sé cómo habrá sido su relación familiar, que es algo que a mí también me importa mucho, pero a nivel profesional lo he admirado desde que nos lo pusieron como ejemplo el primer día de la Universidad.

Sharon asintió.

—Gracias por lo que estás diciendo.

—Es la verdad, Sharon —le aseguró—. Estar contigo no tiene nada que ver. Estar contigo es tocar el cielo. Realmente me siento el hombre más afortunado del mundo.

Sharon le sonrió enamorada.

—¿De verdad piensas que estar conmigo es tocar el cielo?

—¿Cómo no pensarlo? Eres la mujer más encantadora que he conocido nunca. Siempre tienes una sonrisa, eres amable, dulce, inteligente, enérgica cuando hay que serlo... eres preciosa, valiente, organizada, apasionada... podría seguir, pero este no es el entorno adecuado para esta conversación. Aquí hemos venido para hablar de negocios, y quiero ganarme la posibilidad de ser tu socio en funciones por méritos propios... méritos laborales.

Sharon asintió satisfecha, orgullosa, llena de amor hacia ese hombre y hacia ella misma.

—Entonces... volvamos a hablar de negocios...—el camarero les sirvió la cena—. Si mi padre confía en ti, no tengo mucho más que decir.

—Puedo pasarte mi currículum si quieres.

Sharon negó con la cabeza.

—Puede que nos vaya bien —no era descabellado pensarlo.

—Nos irá bien seguro.

—Pero ¿a nivel personal? Me asusta un poco mezclar las cosas.

Brett se encogió de hombros.

—Podemos poner normas como dejar el trabajo en la oficina —sugirió Brett—. Y cuando salgamos de viaje, podemos hacer lo del fin de semana que nos fuimos. Tiempo para cada uno, para trabajar si queremos, para hacer fotos, o para simplemente estar solos... o no.

—Haces que parezca fácil.

—Yo creo que puede serlo. O por lo menos más fácil de lo que parece verlo tú —le aseguró Brett.

Sharon asintió. Brett tampoco parecía pensar que la idea de la posible alianza empresarial entre ellos fuera debida a alguna falta de habilidad en el trabajo que ella desempeñaba.

—Entonces, supongo que hablarás con mi padre en breve.

—Solo si tú estás de acuerdo. Si no quieres que forme parte de tu empresa, seguiré con la mía adelante, y aunque podría ser un rival muy fuerte para tu agencia, lo que más me importa es nuestra relación.

—¿Dejarías pasar esta oportunidad de trabajo?

—Si pone en riesgo nuestra relación, sin dudar. Yo creo que podemos llevar bien las dos cosas, y que, si uno de los dos se excede en algo, el otro puede decírselo, pero realmente la decisión es tuya.

—¿Qué decisión?

—Si además de acostarte conmigo —le guiñó el ojo— puedes o quieres trabajar conmigo.

Sharon asintió. Brett le transmitía muchísima seguridad y confianza con sus palabras.

—¿Me estás dando a mí la oportunidad de decir la última palabra?

—Eres inteligente, decidirás bien. Además, podemos probar y si no resulta bien siempre puedes despedirme... nunca se sabe...

—A mí me gustaría saber...

—Te aburrirías si supieras lo que puede pasar —le aseguró—. Te gustan los retos, asumirlos, crecer con ellos... Compañera —cogió su copa de vino para brindar invitando a Sharon a hacer lo mismo—, tenemos un reto importante y muy bonito por delante ¿lo aceptamos?

Sharon no tuvo mucho que pensar. Asintió brindando.

—Mañana hablaré con los abogados para que empiecen con la documentación.

—Perfecto.

Sharon lo miró satisfecha. No esperaba sentirse así, libre de dudas, confiada. Tanto a nivel personal como profesional. Nunca hubiera podido imaginar lo que la vida tenía preparado para ella en cuanto aceptara su responsabilidad al frente de la empresa. Y se sentía realmente bien.



Brett se sentía satisfecho y un poco nervioso cuando el lunes se presentó en las oficinas de la Agencia McVee.

El viernes a última hora, Sharon había reunido al personal para hablarles de, ante el incremento de trabajo, la nueva incorporación a la agencia de un nuevo compañero al departamento de contabilidad, dos al departamento creativo y de Brett Harper como responsable de este último departamento. Parecía que todos se lo habían tomado bien.

—La señorita McVee la está esperando. Bienvenido a bordo, señor Harper, me llamo Susan —le comentó con una sonrisa la joven de la entrada admirando con disimulo lo bien que le sentaba el traje al nuevo jefe del departamento de creatividad.

Brett asintió devolviendo la sonrisa a la joven de cabello corto y rizado. Se dirigió hacia el despacho que ya sabía que Sharon ocupaba, y se quedó parado ante la puerta parcialmente acristalada, mirándola.

Estaba concentrada en la pantalla del ordenador. Tan bonita, tan impecable, tan sexy. Sintió como un golpe seco en el estómago que le devolvió a su realidad. El trabajo que siempre había querido, la mujer con la que nunca se habría atrevido a fantasear... parecía un sueño del que no quería despertar.

Sharon alzó la mirada y lo vio tras la puerta. Con una sonrisa le invitó a entrar.

Brett fue hacia ella mientras ella se apoyaba en el respaldo de su cómodo asiento y lo miraba lasciva de arriba abajo.

—Buenos días, señor Harper, bienvenido a la agencia.

—Gracias, señorita McVee. Estoy totalmente a su servicio —le dijo con voz ronca recorriéndole el cuerpo con la mirada.

Sharon sintió el calor que se extendía por ella y se levantó acalorada.

—No sé si será buena idea que me digas eso —le dijo dejando de lado toda doble intención en

sus palabras e intenciones—. Me gustas demasiado, me atraes demasiado. Vamos. Te voy a enseñar la empresa y tu despacho.

Brett sonrió siguiéndola.

—Pero a mí no me puedes negar la fantasía de acostarme con mi jefa ¿no?

Sharon se giró divertida mirándole de frente con los ojos entrecerrados.

—Pues que yo no me entere de eso. No tenemos nada en contra de las relaciones entre compañeros, pero hay que tener cuidado de que no interfieran en el trabajo.

—Le garantizo, señorita McVee, que no interferirá —le repitió mirándola atractivo de arriba abajo.

Sharon negó con la cabeza sonriendo mientras le presentaba personalmente a todos los empleados y le mostraba su despacho no muy lejos del de ella.

—A las ocho y media llegarán los nuevos creativos que me recomendaste. Herman les mostrará su sitio y se encargará de ellos. A las diez nos reuniremos todos, y luego te dejaré solo con ellos para que empieces a llevar el timón de tu departamento. A partir de mañana, a las diez y media habrá reunión diaria con los encargados de cada departamento...

—¿A las diez y media? ¿No es un poco tarde? —la interrumpió.

—No, cuando Roy, de contabilidad, tiene que llevar a su padre a diálisis en el hospital a las ocho todos los días.

Brett asintió antes de quedarse solo en su luminoso y blanco despacho. Era una empresa que tenía en cuenta las necesidades del personal y eso le gustaba y lo admiraba. Además de su escritorio tenía una pequeña mesa redonda donde suponía que se reuniría con su equipo. Tenía que hacerse con una pizarra y una pequeña canasta de baloncesto. Encestar algunas canastas siempre le despejaba la mente, algo vital para su trabajo.

Brett pasó a las nueve menos cinco por el despacho de Sharon.

—A las nueve es mi hora del café...

Sharon asintió sonriendo.

—Aunque tenemos unas máquinas de café al final del pasillo, hay una cafetería en un edificio muy cerca de aquí.

—La encontraré —le guiñó el ojo sabiendo que se verían en la cafetería en cinco minutos.



—¿Subes tú primero? —le preguntó a la vuelta de su encuentro en la cafetería, antes de coger el ascensor.

—No, entremos juntos —le respondió Sharon—. Más tarde o más temprano alguien nos verá, así que, aunque no lo hagamos público como tal no tenemos por qué esconderlo.

Bret asintió. La miró orgulloso y enamorado. Nunca hubiera imaginado sentirse tan afortunado.



Sharon estaba frente a su ordenador cuando escuchó voces airadas en el pasillo. Se asomó extrañada. Vio a Connor Reaves, furioso, exigiendo ver a su hermana frente a Susan.

Se acercó firme y decidida.

—Susan te está diciendo que Tess no está y es cierto, así que, por favor, sal de aquí.

—Y si no ¿qué vas a hacer? ¿También me vas a difamar?

Sharon se sorprendió por su actitud infantil y belicosa, mientras algunos empleados se iban acercando.

—No —le respondió mientras él se le acercaba agresivo y ella no retrocedía.

—Susan, llama a seguridad —ordenó a su compañera—, y yo llamaré a la policía como no salgas ahora mismo de estas oficinas, Reaves.

—¿Quién te crees que eres? —le preguntó sin avanzar por miedo a que realmente cumpliera su amenaza—. Tú estás aquí porque tu padre te ha colocado en esa oficina y estás con Brett porque él también te ha buscado. Tú no has hecho nada para tener lo que tienes.

—¿Y a ti qué te importa? —le preguntó Sharon mientras Brett se abría paso entre los curiosos hasta acercarse a ella y situarse a su espalda.

No iba a interrumpirla. No iba a infravalorarla defendiéndola delante de sus empleados. Pero tampoco iba a permitir que nadie lo hiciera.

—Si mi padre me ha colocado para dirigir la empresa o Brett me ha buscado para trabajar conmigo y, te molesta, es tu problema. No me conoces de nada. Ni mi padre es tonto ni Brett lo es. Saben lo que hacen. Y si me han buscado será por algo. Igual que es por algo por lo que tú ahora mismo estás en esta situación.

—Por la zorra de tu hermana.

—Hazte un favor y madura —le recomendó con frialdad—. Estás así porque la engañaste y robaste información confidencial por lo que la empresa te puede denunciar. Así que no tienes tu suerte y no vuelvas.

Connor, incrédulo por lo que le estaba pasando, los miró negando con la cabeza. Entre el grupo de trabajadores que había acudido al oírlos, distinguió a su exsocio que se había situado detrás de Sharon y lo miraba serio.

Un miembro del personal de seguridad del edificio entró en la oficina. En unos segundos evaluó la situación y miró a Connor serio. Connor le mantuvo la mirada. Levantó las manos en señal de rendición y salió por la puerta seguido por el hombre corpulento con uniforme.

Sharon negó con la cabeza viéndolo salir. ¿Cómo se podía echar a perder un negocio o la propia dignidad con tanta facilidad?

—Cinco minutos para comentar lo que queráis y volvemos al trabajo —dijo a sus empleados antes de dirigirse a su oficina.

En cuanto entró, soltó el aire que había estado conteniendo sin darse cuenta mientras sentía que le temblaban las rodillas. Brett entró tras ella sin llamar a la puerta.

—¿Estás bien?

Sharon asintió.

—Lo estaré en breve. No me gustan los enfrentamientos. Tiendo a evitarlos —sonrió nerviosa—. Gracias por acercarte y no participar.

Brett puso los brazos en jarras.

—Lo has llevado muy bien. No me necesitabas... Eso es algo que sé y que a veces me da miedo.

Sharon lo miró sin comprender.

—Te acusó de no hacer nada por todo lo que has conseguido, pero no es cierto.

Sharon se encogió de hombros. Alguna vez le asaltaban las dudas. Sabía de mujeres que habían empezado de cero, creado su propia empresa desde el principio. Eran mujeres fuertes, luchadoras, profesionales, que buscaban su destino... y ella no sentía que hubiera actuado así. A ella el destino, si es que existía, la había buscado y la había colocado en esa situación.

—Bueno, es cierto que mi padre me puso aquí, es cierto que tú diste el primer paso para estar conmigo, pero siempre he sabido que soy afortunada, no voy a negarlo porque alguien sienta envidia.

—Tú te has ganado todo a pulso, por méritos propios —se le acercó hasta colocarse frente a ella—. Por tu inteligencia, por tu sonrisa, por tu carácter —le sonrió atractivo—, por tu belleza, por tu fuerza ...

Quiso pensar que era cierto.

—No necesitas adularme para llevarme a la cama—le confirmó con una sonrisa.

—Lo sé —le respondió cogiéndola por la cintura—. Solo quería recordártelo por si alguna vez dudabas de lo maravillosa que eres... A veces me da miedo que seas tan autosuficiente, tan independiente...

—¿Miedo?

—Lo cierto es que me gustaría que me necesitaras, que no pudieras vivir sin mí, pero sería engañarme si esperara eso de ti y, tú, no serías tú.

Sharon le escuchaba en silencio. Sus palabras le alegraban el alma.

Brett la besó con suavidad en los labios. Una vez. Dos. Tres.

—Lo cierto, es que te buscaría las veces que hiciera falta —le confesó—. No quiero vivir sin ti, Sharon. Te amo. Eres todo lo que quiero, y lo sé desde la primera vez que te vi en la cafetería. ¿Tú crees que eres afortunada? Yo soy el hombre más afortunado del mundo porque estoy contigo.

Sharon sonrió sintiéndose reconfortada. Sabía y sentía que sus palabras eran ciertas... y sus sentimientos hacia él eran los mismos. Lo abrazó con fuerza sabiendo que podía refugiarse en su pecho, entre sus brazos.

—Te amo, Brett.

El beso entre ambos selló la promesa de un próspero y bello futuro juntos.

Querido lector:

¿Te ha gustado esta novela?

Me harías un gran favor si compartieras tu testimonio positivo en Amazon para ayudar a su divulgación.

¿Quieres conocer la historia de Tess?

No te la pierdas. Si no la has leído todavía, búscala en Amazon o permanece atenta a su publicación.

Otros libros de la autora de la Serie Edentown

Una decisión afortunada. (Edentown 1)

Laurel sabe lo que quiere. Nick cree que también lo sabe... hasta que conoce a Laurel.

Laurel Harding llevaba tiempo sin fijarse en ningún hombre, así que cuando un joven tremendamente atractivo sugiere la posibilidad de alquilar una habitación en Edentown de manera temporal, no duda en ofrecerle la que queda libre en su casa.

Mientras tanto, sigue esperando que los herederos del hotel en el que trabaja respondan al email que les ha enviado reclamando su atención y un aumento del presupuesto.

Nicholas Jordan es el encargado de comprobar que el hotel favorito de su abuelo, donde había decidido retirarse y pasar los últimos años de su vida, realmente cuenta con el potencial que la ambiciosa gerente y probable ex amante de su ancestro les manifiesta.

Llega a Edentown dispuesto a comprobarlo sin prever que ser fiel a sí mismo puede hacer que su vida salte por los aires, pero que no serlo puede que sea aún peor.

Descarga tu ebook hoy haciendo clic aquí: <https://amzn.to/2FcUyIF>
y ¡descubre las bonitas historias de amor que suceden en Edentown!

Una pasión escondida (Edentown 2)

Ella no sabía lo que era la pasión hasta que él le enseñó todo lo que podía darle.

Cansada de hacer siempre lo que se espera de ella, Jane Muldoon decide tener una secreta y tórrida aventura de fin de semana con un atractivo motorista al que no piensa volver a ver.

Jared Jackson no puede evitar sonreír cuando, sin apenas esfuerzo, se lleva a su habitación a la rubia más guapa y sexy que ha visto en su vida. Era lo mejor que le había pasado desde hacía muchísimo tiempo.

Lo que ninguno esperaba era que volverían a encontrarse en los días previos a la boda de sus mejores amigos.

Jane encuentra lo que sabe que le falta. Jared descubre lo que no sabía que necesitaba.
¿Podrán hacer frente a ello?

Descarga esta historia GRATIS en la web: <https://www.annabethberkley.com>.

El triunfo del hogar (Edentown 3)

Ella quería una familia, él quería un lugar para descansar.

Juntos descubrirán que deseaban lo mismo.

Megan Saint James está cansada de esperar a que su hombre ideal aparezca a lomos de un caballo blanco y le prometa felicidad eterna. Está dispuesta a crear la familia que no tuvo de niña, aunque tenga que hacerlo ella sola.

Keith Logan busca un lugar donde curar las heridas físicas de las que le han jubilado

anticipadamente y las heridas del corazón, que le impiden volver a confiar en alguien.

Ella no quiere esperar más. El bastante tiene consigo mismo.

¿Podrá Megan posponer su decisión de ser madre? ¿Se atreverá Keith a olvidar el pasado y dar una nueva oportunidad al amor?

Descarga tu ebook hoy haciendo clic aquí: <https://amzn.to/3j5JAnC>
y ¡descubre las bonitas historias de amor que suceden en Edentown!

La protección que necesitaba (Edentown 4)

Lacey está dispuesta a protegerse sola hasta que descubre que todo lo que le rodea está dispuesto a hacer lo mismo por ella.

Mike O’Roarke, un atractivo veterinario, ha dejado atrás la sociedad fría y superficial a la que pertenecía y que ha dañado su reputación.

Lacey Brown huye literalmente de un pasado de dolor y malos tratos concediéndose la oportunidad para ser feliz, aunque no sepa realmente ni lo que es eso.

El bonito pueblo de Edentown les abre los brazos en cuanto llegan.

Lacey quiere adoptar un perro, pero el destino parece que le obliga a que aprenda primero a cuidarse ella misma.

Todo va bien hasta que el pasado llama a su puerta...

Descarga tu ebook hoy haciendo clic aquí: <https://amzn.to/2OsK1tU>
y ¡descubre las bonitas historias de amor que suceden en Edentown!